

**El *superhombre* como potencia política y la crítica nietzscheana a la modernidad: un reconocimiento del pensamiento político vitalista y perspectivista**

**Andrés Felipe Gómez Rodríguez**

**Requisito de grado presentado para obtener el título de Politólogo**

**Director:**

**César Augusto Quintero Buriticá**



**Universidad El Bosque  
Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas  
Bogotá D.C. – Colombia  
2020**

# **El *superhombre* como potencia política y la crítica nietzscheana a la modernidad: Un reconocimiento del pensamiento político vitalista y perspectivista**

The *Übermensch* as Political Power and the Nietzschean Critique of Modernity:  
A Recognition of Vitalist and Perspectival Political Thought

**Por: Andrés Felipe Gómez Rodríguez**

## **Resumen:**

El presente artículo sostiene la tesis de que la *potencia política* de la filosofía vitalista nietzscheana se aprecia en su crítica al proyecto histórico de la modernidad ilustrada europea por medio del cuestionamiento radical de los prejuicios morales que han influenciado la configuración de las principales creaciones políticas de Occidente: el Estado y la democracia. Para demostrar lo anterior, el presente artículo develará la potencia política de la filosofía vitalista y perspectivista de Nietzsche en tres momentos: un primer *momento afirmativo*, a partir de la idea del *superhombre* expuesta en *Así habló Zaratustra*, entendido como proyecto de renovación cultural radical, a partir del desarrollo conceptual de las ideas de *muerte de Dios*, *voluntad de poder* y *eterno retorno*. Un segundo *momento destructivo*, en donde se explica la labor genealógica que emplea Nietzsche para demostrar que las ideas políticas modernas son la consumación de la moral del rebaño expuesta en *La genealogía de la moral*. Y, por último, un *momento creativo* en el que se aprecia el rol político del individuo nietzscheano devenido artísticamente como agente transvalorizador que hace posible el advenimiento del *superhombre* por medio del cultivo de una forma reafirmativa de *aristocratism*, entendido como apuesta vital, pluralista y agonal.

**Palabras claves:** *superhombre, voluntad de poder, muerte de Dios, eterno retorno de lo idéntico, metafísica del artista, aristocratism.*

## **Abstract:**

This article supports the thesis that the political power of the Nietzschean vitalist philosophy is appreciated in its critique of the historical project of European enlightened modernity through the radical questioning of the moral prejudices that have influenced the configuration of the main political creations of the West: the State and democracy. To prove this point, the article will reveal the political power of Nietzsche's vitalist and perspectival philosophy in three moments: a first *affirmative moment*, from the idea of the *Übermensch* exposed in *Thus Spoke Zarathustra*, understood as a project of radical cultural renewal, from the conceptual development of the ideas of *Death of God*, *Will to Power* and *Eternal Return*. Second *destructive moment*, where the genealogical work that Nietzsche uses to demonstrate that modern political ideas are the consummation of the slave morality exposed in *The Genealogy of Morality*. And, finally, a *creative moment* in which the political role of the Nietzschean individual is appreciated artistically as a transvalorizer agent that makes the advent of the *Übermensch* possible through the cultivation of a reaffirming form of *aristocratism*, understood as a vital, pluralistic and agonal stance.

**Keywords:** *Übermensch, Will to Power, Death of God, Eternal Return, Metaphysics of Artist, Aristocratism.*

## 1. Nietzsche como un pensador político de la vida.

El pensamiento crítico es sin duda alguna uno de los pilares fundantes del saber en sus múltiples manifestaciones, y es que no es una tarea fácil sostener la empresa de pensar y teorizar la realidad por fuera de los preceptos rigentes del mundo en cada estadio y momento de la historia. En ese grupo de individuos que conforman este engranaje del saber, son muy pocos los que logran hacer época y tener una influencia significativa sobre la cultura del momento y del futuro. Entre ese selecto grupo indudablemente Friedrich Nietzsche es un pensador y escritor a lo sumo cautivante y enigmático para el siglo XIX que lo vio nacer y los posteriores dos siglos que han asumido la tarea de interpretarlo. Por un lado, Nietzsche es de esos autores que pueden generar grandes amores; pero, a la vez tiene la capacidad de producir animadversiones fuertes. Lo anterior termina por traducirse en apego e impulso programático o estigmatizaciones y tergiversaciones. No obstante, algo sí es innegable: Nietzsche es un crítico acérrimo de la modernidad ilustrada y la cultura occidental, y sus maneras de criticar pasan por su forma aforísticas de filosofar; de ahí que sus mensajes vayan en clave cifrada para quienes desarrollan la capacidad de rumiar, sus verdaderos lectores, propiamente, según él, “hombres no modernos”<sup>1</sup>.

Sustraer el carácter político del pensamiento nietzscheano es igual o peor que las estigmatizaciones que lo sitúan como precursor de las ideas nazis o como un pensador pre-moderno. Por el contrario, este artículo reivindica que dentro del pensamiento filosófico de Nietzsche fluye un impulso político importante que se desarrolla paralelamente frente a las agudas y certeras críticas que apuntan a la modernidad occidental ilustrada. De hecho, esta última es comprendida por el autor como un estadio del hombre que es posterior a la Edad Media, cuyo contexto de enunciación es el siglo XIX, y que continua como un conjunto de ideas que moldean la realidad y se anclan en ella de cara al futuro. Sumado a esto, se trata de un fenómeno específico que actúa como configurador de la cultura, del espíritu humano, de la razón y de las creencias concretas que nacen y se consolidan en Europa. Nietzsche lo observa de la siguiente manera en *El Anticristo* (A)<sup>2</sup>: “Las ideas modernas como ideas falsas [tales como] “libertad”, “derechos iguales”, “humanitarismo”, “el pueblo”, “la raza”, “la nación”, “la democracia”, “tolerancia” “la civilización”, “emancipación de las mujeres”, “progreso” y “sociología”” (A, 2011, pág. 145), valores que se han hipostasiado y cuya consecuencia es un tipo específico de hombre; objeto de profundas reflexiones y detracciones.

---

<sup>1</sup> Nietzsche en repetidas ocasiones se refiere al arte de la lectura. En la parte final del prólogo de la *Genealogía de la moral* expresa claramente que “para practicar de este modo la lectura como arte se necesita ante todo una cosa que es precisamente hoy en día la más olvidada –y por ello ha de pasar tiempo todavía hasta que mis escritos resulten “legibles”– una cosa para la cual se ha de ser casi vaca y, en todo caso, no “hombre moderno”: *el rumiar...*” (2011, pág. 36). De igual manera, se hace alusión a sus verdaderos lectores en el capítulo “Del leer y el escribir” en *Así habló Zaratustra*, nuevamente en el prólogo de *El Anticristo* y en otras obras.

<sup>2</sup> A lo largo del presente artículo, se usará el sistema de convenciones desarrollado por Colli y Montinari para referirse a las fuentes primarias escritas por Nietzsche y referenciadas en este artículo. Dichas convenciones son: Así habló Zaratustra (Z); Más allá del bien y del mal (MBM); La genealogía de la moral (GM); El Anticristo (A); y Crepúsculo de los ídolos (CI). De esta forma, se hará referencia a la fuente citada por medio de la abreviatura entre paréntesis.

Por tanto, sostengo que la genealogía crítica que Nietzsche hace del proyecto de la modernidad ilustrada y la cultura hegemónica europea reflejan un potencial político presente en su pensamiento filosófico, a partir del cual se redimensiona el rol del individuo político como agente transformador de su realidad social por medio de la reafirmación de la capacidad transvalorizadora del superhombre como proyecto de renovación cultural radical, su crítica histórica a la moralidad cristiana y la potencialización del carácter noble y aristocrático del espíritu fuerte devenido artísticamente. Justamente, para dar cuenta de lo anterior, Foucault considera que la sospecha que hace Nietzsche “infringe una herida narcisista en la cultura occidental” (1969, pág. 37), su técnica interpretativa, la genealogía, fue un dardo certero contra su época, en términos de darle nuevos alcances a la hermenéutica. Además, el carácter interrogativo, sospechoso y crítico de su estilo cambió la imagen de la verdad, como concepto y como interpretación en sí. Conjuntamente, Ricoeur reconoce que el ejercicio de sospecha adelantado por Nietzsche marcó un hito en la tradición hermenéutica alemana, al tiempo que representó un proceso de desmitificación; no solo se dio a la tarea de descifrar que estaba en el fondo de las verdades de su tiempo, sino “lo que quiere Nietzsche es el aumento de la *potenda* del hombre, la restauración de su *fuera*.” (1990, pág. 32). Nietzsche yerra el método genealógico, dotándolo de un componente radicalmente crítico que enfrenta a la modernidad.

La reconstrucción de la potencia política presente en el pensamiento nietzscheano toma como punto de partida el proyecto del superhombre augurado en *Z*. No obstante, Eugen Fink<sup>3</sup> ve un antes y un después en la producción nietzscheana con la publicación de *Z*, pues se da un viraje importante que marcará las obras posteriores. Hasta tal punto que *Más allá del bien y del mal* (MBM), *La genealogía de la moral* (GM), *El Anticristo* (A) y *Crepúsculo de los ídolos* (CI) se encuentran supeditadas por la fuerza gravitatoria de las ideas fundamentales sobre las que versa la doctrina que profesa Zarathustra a los hombres. En este sentido, se eligen estas cinco obras enunciadas previamente como la fuente primaria y el marco filosófico donde se rastrea la potencia política del pensador en función del rol que su concepción del individuo tiene en su proyecto de renovación cultural radical, el cual es contestatario a la cultura occidental<sup>4</sup> y a la modernidad ilustrada propiamente. De este modo, en estas obras confluyen las fuentes primarias objeto de la exégesis del presente artículo, con el objetivo de develar las nociones claves en el rastreo crítico de la potencia política sobre conceptos como Estado, democracia, derechos humanos e individuo, los cuales hacen parte del bagaje conceptual de la modernidad ilustrada. Se resalta de igual forma la relación cronológica y temática de las obras, pues obedece a una sucesión entre sí que inicia en 1883 y termina en 1889, donde se aprecian continuidades conceptuales, teóricas y filosóficas, todas hiladas a su cosmovisión. “El mismo examen de los contrarios permite descubrir una continuidad

---

<sup>3</sup> “*Así habló Zarathustra* es el gran viraje de su vida; desde ahora conoce su meta. El tiempo que sigue a este libro es sólo desarrollo, despliegue de lo que en él se dijo” (Fink, 2000, pág. 71).

<sup>4</sup> Por cuestiones argumentativas se entiende de manera afín *cultura occidental* con *cultura europea*, puesto que Nietzsche está escribiendo en un contexto puramente eurocéntrico donde la modernidad se percibe y se despliega como un fenómeno europeizante.

de desarrollo, una unidad profunda. Que *Más allá del bien y del mal* y *Así habló Zaratustra* tienen los mismos contenidos es algo que dice el propio Nietzsche” (Colli, 1983, pág. 73).

Para ello, se inicia por el *momento afirmativo* que propone Nietzsche como tarea en *Z o*, como lo expresa Fink, “la parte constructiva de su filosofía” (2000, pág. 142). Esta fase comprende el mensaje del advenimiento del *superhombre*, *la muerte de Dios*, *la voluntad de poder* y *el eterno retorno de lo idéntico* como elementos constitutivos de su proyecto vitalista que se expresan de forma artística. El individuo moderno es el objetivo central de la doctrina de Zaratustra, quien no solo se toma la tarea de hacer regalos, sino de compartir sus más profundas vivencias en su camino al encuentro festivo con el *superhombre*. El último hombre que está en medio de la cuerda que separa al animal del *superhombre* vive inmerso en un mundo ilustrado en el que pululan ideas modernas y elementos decadentes, que no solo no reafirman la vida, sino que por el contrario le dan la espalda. Zaratustra desciende de la montaña desbordando conocimiento a un mundo en el que el hombre se ha construido un caparazón rígido y grueso en el que se esconde, pretendiendo mantenerse a salvo de la esencia del mundo: *la voluntad de poder*. Esa cubierta en la que cree estar seguro se compone de ideas modernas tales como Dios, el Estado, la cultura, la igualdad entre hombres y la moral cristiana. Es así como la doctrina de Zaratustra expresa un mensaje en doble vía: a la vez que desmonta capa por capa el caparazón en el que se esconde el último hombre, le hace entrega de un nuevo objetivo, una meta que lo sacará del estancamiento y reafirmará la voluntad del mundo, pero para ello es menester dejar primero esas ideas modernas que envilecen y degeneran el camino hacia el *superhombre*. Nietzsche da un primer zarpazo sobre el proyecto de la modernidad ilustrada y la cultura europea, pues los elementos constitutivos de su proyecto vitalista enfocado en el rol del individuo en el mundo pugnan de manera implacable con el contexto moderno del último hombre, lo que representa el inicio, no solo de su propuesta cultural radical, sino también del detrimento paulatino de los rasgos culturales de la modernidad. El mensaje de Zaratustra es un fuerte *sí* que resquebraja el proyecto de la modernidad. La potencia de este *sí* es política y sus efectos se muestran en el impacto que desmorona los pilares sobre los que el último hombre se sostenía orgulloso. Empero, será este solo el inicio de un mismo mensaje en múltiples manifestaciones de cara a un fin concreto y claro: “el hombre es algo que debe ser superado” (Nietzsche, 2011, pág. 46).

Se sigue luego con el *momento destructivo* o negativo, que contiene el mismo mensaje, pero cambia el método de filosofar. Es tiempo de la filosofía del martillo<sup>5</sup>, un santo decir *no* que es expresado en MBM, GM, A y CI, donde se devela de la manera más clara el marco conceptual que hila y termina de dar significado a la tarea propuesta por Zaratustra. Es aterrizada a la realidad inmediata de la humanidad que se apoya en el proyecto de la modernidad ilustrada, pues al parecer aún no se ha dado cuenta de que el martillo de Nietzsche ya ha destrozado ese yunque moderno y, en su lugar,

---

<sup>5</sup> “Y así como el cincel del artista se ensaña con la piedra cuando quiere liberar la imagen que yace en el bloque de mármol, así el martillo de la crítica se ensaña con el hombre tal como éste es y tal como se entiende a sí mismo” (Fink, 2000, pág. 142). Fink lo anota de manera estupenda con la anterior analogía.

ha puesto al *superhombre*. La moral, la religión, el cristianismo, el Estado, la objetividad, la cultura, la filosofía y otros elementos son puestos bajo el golpeteo del martillo que termina por seguir y completar la misión que se propuso Nietzsche con Zaratustra: quitar a la modernidad del camino del hombre de futuro. La fuerza con la que desciende ese martillo es política y con la que asciende es vitalista y afirmativa. Adicionalmente, entra en acción la genealogía en su máximo esplendor, de la mano de quien el instrumento parece habersele diseñado a la medida. Por medio de esta, Nietzsche ciertamente devela el engranaje interno de la moral de los señores y del rebaño. Se comienza a esbozar de qué manera la moral del rebaño se convirtió en la piedra angular del cristianismo, de la cultura europea y del proyecto de la modernidad ilustrada. La potencia política que se manifestaba en Zaratustra toma fuerza en la medida en que la lupa se acerca cada vez más a las cuestiones que no se profundizaron, pero que son examinadas a fondo desde MBM hasta CI. Nietzsche destruye valores, crea otros y transvalora en función de lo que su *-sí-* y su *-no-* van despejando para él.

En la tercera parte, se muestran los vasos comunicantes entre las críticas a la modernidad y a la cultura europea, en función del rol del individuo de futuro que es el eje central de su proyecto de renovación cultural radical que puede ser entendido como una apuesta vitalista, es decir, una apuesta de transformación espiritual y cultural. El individuo y su rol en el mundo es exacerbado una vez que el mensaje de Zaratustra es energizado por las otras cuatro obras en cuyo tema central está la superación constante del hombre por el hombre. En palabras de Fink, “la apología del hombre es una idea central en Nietzsche” (2000, pág. 188). Sostengo entonces la postura de que la potencia política que está presente en el pensamiento filosófico de Nietzsche confluye con otros elementos de orden cultural y espiritual en el individuo, quien es alistado para dar un paso delante de la modernidad y la cultura occidental y vivir de acuerdo con un mundo que se rige por la *voluntad de poder* y que demanda un espíritu fuerte con carácter noble y aristocrático. Este es el *momento creativo* en el que confluyen el proyecto del superhombre y la crítica genealógica-perspectivista a la moralidad moderna ilustrada europea. Con los engranajes de la moralidad al descubierto, la refutación de la democracia y el Estado, la *muerte de Dios*, el cristianismo renegado y la decadencia de la cultura puesta a flote, es tiempo del nuevo individuo en su rol del hombre superior que domeña la vida, crea valores, poetiza, es artista y es señor; se encuentra en la cima de la jerarquía y un paso más cerca del superhombre. El perfilamiento del individuo que desde Z hasta CI hace Nietzsche se ve reflejado en la siguiente descripción: “(...) no somos ni jesuitas, ni demócratas, y ni siquiera suficientemente alemanes; nosotros los buenos europeos y espíritus libres, muy libres ¡nosotros la tenemos todavía, tenemos la tortura toda del espíritu y la entera tensión de su arco!” (MBM, 207, pág. 21). Aquí ya se ha recibido el *sí* de Zaratustra y a través del *no* continuo en las otras obras se marca un distanciamiento cifrado en una lógica de superación del momento moderno en el que se encontraba el último hombre.

Toda la fuerza del despliegue filosófico, conceptual, temático y político es hilada con la suficiente finura, pues está presente el riesgo de caer en interpretaciones que se dirigen a sociedades

aristocráticas pre-modernas<sup>6</sup>, retornos ultraconservadores al pasado o radicalismos apolíticos que se manifiestan como nihilismo. Por ello, es precisamente necesario distanciar la potencia política de estas lecturas que reconocen un componente político en el trabajo filosófico de Nietzsche, pero que lo sitúan en corrientes que contradicen sus ideas y que, en principio, no fueron su objeto de reflexión filosófica<sup>7</sup>. En consecuencia, “conviene tener en cuenta que Nietzsche elabora su pensamiento político (*potencia política*)<sup>8</sup> y su crítica a la modernidad desde una reflexión sobre el conjunto de valores que sostienen la cultura” (Pozas, 2013). La reconstrucción y el seguimiento de todos los elementos políticos que se descargan en el repudio nietzscheano hacia las ideas modernas debe ir articulado inexorablemente por su propuesta de individuo y su rol como transformador de su realidad social. Lo anterior se entiende como una apuesta artística, pero también como una actividad evidentemente política, que es pensada desde la cultura humana representada en cada ser humano. En todo caso, el análisis que se desarrolla pretende ser lo más fidedigno posible con el arte de interpretar y rescatar los matices críticos y políticos del contenido nietzscheano en las obras seleccionadas, de cara a exaltar y enriquecer su pensamiento filosófico.

## 2. *Superhombre*: el hombre como el único dios posible.

La fábula de *Así habló Zaratustra*, la parte afirmativa del mensaje nietzscheano luego del “gran viraje de su vida” (Fink, 2000, pág. 71) congrega cuatro grandes mensajes para la humanidad: (i) *el superhombre*, (ii) *la muerte de Dios*, (iii) *la voluntad de poder* y (iv) *el eterno retorno de lo idéntico*. Antes bien, es necesario saber qué significan estos cuatro mensajes y si guardan relación estricta de cara a un objetivo mucho más grande. Zaratustra no ha iniciado y ya Nietzsche en el prólogo de la obra define que entiende él por *superhombre*. “El *superhombre* es el sentido de la tierra. Diga vuestra voluntad: ¡sea el *superhombre* el sentido de la tierra!” (2011, pág. 47). El

---

<sup>6</sup> Vanessa Lemm distancia el radicalismo aristocrático de Nietzsche de las consideraciones que creen favorecer un retorno de los modelos políticos de sociedad aristocrática pre-moderna y de las variaciones radicales del individualismo liberal (una opción estética y apolítica de la vida). Desde su perspectiva, “Nietzsche concibe a la sociedad aristocrática como una asociación espíritu-cultural que atribuye “el valor más elevado y la importancia más profunda” a las diferencias irreductibles entre sus miembros” (Lemm, 2010, pág. 11). Sus ideas sobre el orden de rango, responsabilidad aristocrática, respeto igualitario entre individualidades irreductibles y su concepción agonística de la acción política en el proyecto espíritu-cultural que interpreta, son un importante insumo para la realización del presente trabajo.

<sup>7</sup> El trabajo de José Emilio Esteban Enguita es un ejemplo de estas lecturas. El autor sostiene que “el orden jerárquico prescribe la desigualdad entre los hombres, lo que significa tanto la dominación política del tipo superior sobre los inferiores como el hecho de que los derechos y deberes del individuo no los posee en calidad de tal, sino que dependen de la pertenencia a un tipo u otro y de las funciones que tienen que desempeñar en la sociedad” (Esteban Enguita, 2001, pág. 200). Además, “en el ámbito de la sociedad, el orden jerárquico implica la explotación de la mayoría en beneficio del tipo superior de hombre” (Esteban Enguita, 2001, pág. 201). Posturas como la anterior serán objeto de refutación más adelante. Sin embargo, se sostiene que Nietzsche, en estricto sentido, no habla de someter a otros, si aún no se ha podido someterse uno mismo a su voluntad, domeñar el sí-mismo. Se volverá sobre esta cuestión luego.

<sup>8</sup> Las cursivas y los paréntesis han sido adicionadas por el autor, con objeto de resaltar el símil entre pensamiento político y *potencia política* en función de los propósitos argumentativos del presente artículo.

*superhombre* es el proyecto vitalista nietzscheano, en el que el individuo es impelido a superarse constantemente, de tal manera que el hombre mismo a partir de las mejoras individuales termine por ser su mejor expresión posible. Este gran concepto tiene desde su nacimiento un antagonismo nato con los hombres “modernos”, o fragmentos de hombres, que son el contexto directo al que llega Zaratustra a predicar sus discursos y experiencias. Para Fink, “el *superhombre* es el hombre situado en la apertura de la *muerte de Dios*, de la *voluntad de poder* y del *eterno retorno*: es la *aletheía*<sup>9</sup> de una existencia abierta en el mundo” (2000, pág. 220). El *superhombre* en esta primera aproximación es una apuesta de mejoramiento del hombre, representada directamente por el mismo Zaratustra, como una especie superior de hombre, pero no en un sentido estrictamente físico o biológico, sino por el contrario, en un sentido moral, intelectual y mental. Para Vattimo, “el otro gran tema de Zaratustra es la doctrina del *Übermensch*, del ultrahombre<sup>10</sup>, que alude a una transformación radical de la humanidad” (1996, pág. 88). El mensaje que contiene este primer concepto nietzscheano es claro, en su objetivo y en su crítica. Se trata de un proyecto radical de renovación cultural y espiritual del hombre, un hombre no-moderno, cuya principal capacidad y tarea será *transvalorizar* todo su entorno para poder llevar a cabo las transformaciones necesarias, tanto en su contexto como en su individualidad. Para darle el significado propuesto por Nietzsche: “el *superhombre* es el sentido de la vida”.

Zaratustra ve la necesidad de oídos, de discípulos, de seguidores que reciban su sabiduría y hagan posible la divulgación de su mensaje. Es decir, como lo apunta Fink, “la doctrina de Nietzsche acerca del *superhombre* y del último hombre tiene el carácter de “discurso preliminar”; no es más que una obertura a un ensayo filosófico de pensar nuevamente la esencia del hombre en relación con las verdades fundamentales” (2000, pág. 78). Lo anterior significa que, aunque el *superhombre* pareciese el mensaje central, es solo la meta general para la humanidad que propone Nietzsche, pero lo más importante ahora son las verdades que fundamentan ese objetivo y que lo dotan de realidad y congruencia. El *superhombre* debe ser entendido desde el principio como un proyecto en sí, pero también como una punta de lanza que le permite a Nietzsche develar al mundo las verdades ontológicas que él considera están a la base de la vida y que dan cuenta de su relación con el individuo y su rol en la tierra.

Es así como, luego de comprender de manera macro cuál es la empresa propuesta por Nietzsche, aparece la *muerte de Dios* como esa verdad o pilar fundante del proyecto futuro que irá acompañada

---

<sup>9</sup> *Aletheía* es un término griego que se entiende como develamiento. En ese sentido, puede leerse como sinónimo de realidad, verdad, lo evidente, lo verdadero; hacer evidente de lo oculto, develarlo. Se cree que es un recurso que Nietzsche recupera de Schopenhauer, a partir de la figura que este último hace del *velo de Maya* en *El mundo como voluntad y representación*.

<sup>10</sup> Suele tenerse como única concepción del proyecto de individuo nietzscheano a lo denotado por el superhombre. No obstante, es relevante diversificar las denotaciones, pues amplían los matices y problematizan las incongruencias. Por ende, Gianni Vattimo ve al ultrahombre en una lógica de figura nietzscheana cuya importancia reside en la relación de sus decisiones con el *eterno retorno de lo idéntico*, como un hombre con un nuevo paradigma. Además, solo lo ve materializado como artista, una visión peculiar de la *voluntad de poder*. Establecer la conexión entre estos cuatro conceptos es el propósito de este primer apartado.



a su vez por la *voluntad de poder*. Pero ¿qué es la *muerte de Dios*? ¿Qué significa? Deleuze ve en la *muerte de Dios* nietzscheana la justificación de superar al hombre europeo. En sus propias palabras, “por la depreciación, el odio a la vida en su conjunto entraña una glorificación de la vida reactiva” (1998, pág. 214). Entiéndase como “la vida reactiva en lugar de la voluntad divina, el Hombre reactivo en lugar de Dios, el Hombre-Dios no ya el Dios-Hombre, el Hombre europeo” (Deleuze, 1998, pág. 217). Es decir, el hombre pasa a tener un rol más preponderante del que había tenido bajo el “amparo” o yugo de Dios. Esta parte está relacionada con lo que llamamos el *momento afirmativo* del mensaje nietzscheano, precisamente porque el hombre confirma capacidades que antes le había conferido a Dios, tales como las de crear, valorar, entre otras. Sumado a esto, se da un relevo definitivo de Dios como motor de la vida moderna por el *superhombre* como motor de la vida futura.

La *muerte de Dios* es, según Fink, “una historia doble: una historia que ha ocurrido y una historia que representa todavía una tarea del futuro” (2000, pág. 178). Pero ¿qué representa Dios en estricto sentido? Dios es la representación del idealismo, una idealización que adquirió independencia propia, es decir, que dejó de concebirse como lo que es, una creación humana, y se transformó en un ser independiente, ontológicamente hablando, con capacidad de dominio. El problema es que el hombre se volvió esclavo de su creación. Dios también representa el idealismo en clave moral, metafísica y religiosa. Y es precisamente ese idealismo el que ha quitado la esperanza del ser humano de la tierra y la ha puesto en el más allá, en el cielo, en la nada. Como Fink lo apunta, “El hombre, ese ser que se trasciende a sí mismo, se ha trascendido hasta ahora siempre en dirección a Dios. Pero Dios significa para Nietzsche la síntesis de toda idealidad trascendente” (2000, pág. 81). En otras palabras, Dios en sí mismo se configura como un problema para Nietzsche en el momento en que se torna en un elemento que adormece las capacidades individuales del hombre con la idea de una vida en el más allá. Por tal razón, cuando Zarathustra tiene ese primer diálogo con el eremita de la montaña, queda asombrado del desconocimiento de la *muerte de Dios* por este individuo que le alza alabanzas a un muerto, a una idea pasada: “¡Sera posible! ¡Este viejo santo en su bosque no ha oído todavía nada de que Dios *ha muerto!*” (2011, pág. 46). De esta manera, se conecta la *muerte de Dios* al proyecto *superhombre*, como un momento cumplido que sepulta una realidad humana de cara a su futuro. Cabe resaltar que Nietzsche lo que quiere materializar es una esperanza con las raíces fuertemente sujetadas a la tierra, es decir, que se prescinde de todo idealismo. Empero, lo que se quiere es un refuerzo ontológico que exacerbe las capacidades del hombre en función de su vida finita en la tierra. Nietzsche lo que pretende con el *superhombre* es devolverle a la tierra su centro de gravedad, situar la esperanza en la tierra y no fuera de ella. Por tal razón, “cuando se coloca el centro de gravedad de la vida no en la vida, sino en el más allá –*en la nada*- se le ha quitado a la vida como tal el centro de gravedad” (A, 2011, pág.94). De lo anterior, se puede inferir el *sí* nietzscheano de su proyecto de renovación cultural y espiritual, entendiendo este *sí* como un gesto reafirmativo hacia la vida misma.

Antes de iniciar con sus discursos, Zarathustra expresa la importancia del hombre en el proyecto nietzscheano de cara al futuro: “El hombre es una cuerda tendida entre el animal y el *superhombre*,

-una cuerda sobre un abismo” (Z, 2011, pág. 49). Con lo anterior en mente, “De las tres transformaciones” (Z, 2011, pág. 63), primer discurso de Zaratustra a quienes son “hermanos míos”, oídos no sordos, dispuestos a ser un puente hacia el *superhombre*, Nietzsche adelanta dos propósitos paralelamente: por un lado, justifica la *muerte de Dios* como una necesidad en todo este proyecto, y por el otro, inicia a dibujar el proceso de transformación individual que se requiere para la llegada o materialización del *superhombre*. Zaratustra dirá al respecto: “tres transformaciones del espíritu os menciono: cómo el espíritu se convierte en camello, y el camello en león, y el león, por fin, en niño” (Z, 2011, pág. 65). Con esto pretende mostrar que, en ese continuo hacia el *superhombre*, que inicia en el animal y transita por el hombre, existen diferentes estadios, una especie de jerarquía que se moldea a partir de la superación y transformación del individuo. Bien, todos los hombres cuentan con espíritu; sin embargo, para llegar al otro lado de la cuerda primero el espíritu debe ser capaz de apreciar y querer la carga, su deber, su obligación natural y el designio de su virtud, el regocijo está en lo que toca, en lo que tiene encima de sus hombros. Dios mismo ha sido una carga, en su momento tuvo que creársele, apreciársele, respetársele, obedecersele y deseársele. Ahora bien, el hombre convertido en camello se transforma en león en lo profundo del desierto de su soledad, ha sabido aceptar el *tú debes* que dictaba su carga. Sin embargo, ha llegado el momento en el que convertido en león debe disputar su libertad, recuperar el *yo quiero* que Dios le arrebató desde su creación. Ese gesto de lucha con Dios, con el idealismo de antaño, es a lo sumo gráfico en términos de mostrar la tarea que propone Nietzsche a los hombres.

El *yo quiero* debe ser tomado como un conjunto de capacidades –valorar, crear y dominar– que el hombre tiene a su disposición, luego de haberlas cedido por largo tiempo a su creación ideal: Dios. El último hombre, denominación frecuentemente usada por Zaratustra para referirse a los hombres que presencian sus discursos, denota ese conjunto de individuos que tienen la tarea del *superhombre*, es decir, que tienen que luchar con su contexto directo (moral, religioso y político) para lograr materializar el proyecto nietzscheano. La relación que guarda el *superhombre* y la *muerte de Dios* es directa, en términos de una lucha frontal contra una realidad que impide el desarrollo pleno del hombre, pues ha sido viciado por largo tiempo su esperanza en la tierra. El *tú debes* por su parte no debe descartarse por completo, pues solo es perjudicial cuando un ente diferente al hombre mismo es quien lo ostenta. Desde una visión meramente individualista, el *tú debes* resulta indispensable para que el hombre se domine a sí y logre pasar el abismo. Frente al perfilamiento del individuo que desarrolla Zaratustra, es necesario tener en cuenta que a medida que prospera el contenido de todo el mensaje, éste se focaliza cada vez más en el individuo, pero paralelamente aporta a un proyecto conjunto que modifica un todo en la tierra a partir de sus partes; el proyecto nietzscheano opera tanto individual como colectivamente. Sin embargo, Nietzsche no concibe la diada conformada entre lo individual y lo colectivo de orden privado/público, como sí lo hace el pensamiento liberal. Más bien, Nietzsche prescinde de la distinción moderna entre un yo y un ellos porque todo es ontología de fuerzas, su concepción de identidad es plenamente relacional. El individuo es un pliegue de fuerzas que se da en abierta conexión entre los otros y el entorno mismo, idea que resulta compatible con su afirmación ontológica de la *voluntad de poder*.

A partir de lo anterior, se hace necesario definir el siguiente concepto operativo del proyecto nietzscheano: la *voluntad de poder*. Dicho concepto es desarrollado por Zarathustra en “de la superación del sí mismo”. Si bien, no se da una definición propiamente hablando, dadas las abundantes metáforas y recursos literarios usados por Nietzsche, lo que se encuentra es una descripción de lo qué es la *voluntad de poder*. Se destaca la voluntad del ser humano por hacer inteligible el mundo a través de “verdades”, lo que se puede pensar en relación con lo existente: “(...) lo que sea pensable. ¡Pero debe amoldarse y plegarse a vosotros! Así lo quiere vuestra voluntad. Debe volverse liso y someterse al espíritu, como espejo y su imagen reflejada. Esa es toda vuestra voluntad sapientísimos, una voluntad de poder” (Z, 2011, pág. 197). Se reconoce en la voluntad del ser humano, que es descrita en el anterior pasaje, una *voluntad de poder*, es decir, existen múltiples voluntades de poder, y sino diferentes manifestaciones de una misma voluntad. De ahí que lo que rescata Zarathustra es la voluntad de dominio sobre las cosas, que ejerce el hombre desde el primer momento en que piensa y conceptualiza el mundo. Se da un primer choque de fuerzas entre los deseos del hombre y la realidad, ese choque motivado es lo que da lugar a la *voluntad de poder*. Se trata de un germen en tanto no se ha ahondado de manera suficiente en las implicaciones que trae la *voluntad de poder* para el hombre. Sin embargo, Nietzsche precisa que “en todos los lugares donde encontré seres vivos encontré *voluntad de poder*; e incluso en la voluntad que sirve encontré voluntad de ser señor” (Z, 2011, pág. 199). De esta manera, *voluntad de poder* es fuerza dominante, es vida, es conflicto de fuerzas inmanentes, es energía pura, es la piedra angular del mundo, entiéndase como dinamizadora de la vida, como la quintaescencia de lo vivo. En palabras de Deleuze, “la voluntad de poder es el elemento del que se desprenden a un tiempo la diferencia de cantidad de las fuerzas en relación, y la cualidad que, en esta relación, corresponde a cada fuerza” (1998, pág. 74). Esa diferencia de cantidad de fuerza que ve Deleuze es lo que se desarrolla en Z como la capacidad de dar órdenes o tener que obedecer. Para Fink, por su parte, “la voluntad de poder es primordialmente un concepto ontológico que designa el modo de la movilidad de todo ente en cuanto tal: todo ser del ente consiste en un impulso hacia la prepotencia” (2000, pág. 152). Como también, “la voluntad de poder está vista todavía, en principio, desde el hombre, es decir, como auto-superación creadora, propia de la existencia que juega libremente” (2000, pág. 87). De este modo, movilidad, auto-superación creadora y juego libre denotan energía, la fuerza vital que motiva este tipo de acciones. La *voluntad de poder*, por el momento, sería fuerza u energía dominante o con deseos de dominación.

Por su parte, Safranski señala que “la voluntad de poder es la visión de una pluralidad agonal, dinámica en el fondo del ser” (2000, pág. 207). En este sentido, se ve claramente una fuerza que está detrás de lo vivo, de la naturaleza, del hombre como tal. Por tanto, no es fortuito que la *voluntad de poder* tenga presencia explícita en el discurso “de la superación de sí mismo”, pues evidentemente Nietzsche devela el engranaje principal de las acciones de lo vivo para centrarse en el quehacer de los individuos. Como el proyecto nietzscheano se centra en un principio en el individuo, se entiende de manera mucho más clara cuál es la importancia de la *voluntad de poder* en relación con el *superhombre y la muerte de Dios*: pasar a dotar de realismo las acciones del hombre, en tanto las dirige una fuerza natural y no ultramundana. Por ende, se despliega de este

concepto el dominio del ser humano sobre su entorno y sobre sí. Safranski lo observa así: “voluntad de poder es ante todo voluntad de poder sobre sí mismo” (2000, pág. 200). Justamente, lo que Nietzsche propone por medio de los discursos de Zarathustra es, por un lado, hacer advertencias de un contexto que opaca la esencia de la vida, entendida como *voluntad de poder*; y, por otro lado, impeler al individuo a dominarse, a dominar los aspectos circundantes a su vida y avanzar en el perfeccionamiento de la humanidad a través de sus acciones individuales. “Mira, dijo, soy yo *lo que tiene que superarse a sí mismo*” (Z, 2011, pág. 199). Quien logra superarse a sí mismo logra construir una vida dominante, elevada, señorial. Por el contrario, quien no lo logra tiene que obedecer, ser bajo, ser espíritu de carga, *camello*. De igual modo, el león que lucha por conseguir su libertad, el *yo quiero*, y el espíritu convertido en niño representan esos dos grandes eslabones de la cadena para llegar al *superhombre*. Se entiende claramente que el elemento de la *voluntad de poder* opera detrás de ellos, pues configura un *sí* a la esencia de la vida. De esta manera, se avanza en el *superhombre*, en tanto proyecto mancomunado que configuran todos los últimos hombres a partir de sus diferencias individuales y las relaciones vitales que trazan entre ellos que son reflejo de la *voluntad de poder*.

Cuando el león logra hacerse con el *yo quiero*, luego de arrebatarse el *tú debes* a Dios, la siguiente transformación marca una pauta importante de camino al *superhombre*. El niño simboliza un espíritu sin los vestigios del pasado, empoderado del *yo quiero* (deseo/voluntad) y del *tú debes* (dominio y fuerza para actuar) tiene la capacidad de crear desde cero. Dado que el león ha roto los valores que oprimían al hombre (*muerte de Dios*), el niño tiene el deber de revalorar, imaginar nuevos valores, crear un nuevo comienzo echando mano a la imaginación que solo un niño puede tener en su lugar. “Una rueda que se mueve por sí misma”<sup>11</sup> (Z, 2011, pág. 67). Se clarifica entonces el sentido de las transformaciones al servicio del proyecto de renovación cultural nietzscheano, en tanto la *muerte de Dios* y la *voluntad de poder* configuran la realidad en la que se desarrolla el último hombre. Aquí se encuentra el germen de lo que será y debe ser la capacidad transvalorizadora del individuo del futuro: un hombre que ha ascendido, que es superior a quienes se encuentran en transformación, un ser con la capacidad de crear, aceptar, domeñar, respetar y, más importante, un hombre con la esperanza del *superhombre*. En consecuencia, es un hombre con espíritu de niño, *voluntad de poder* en su máxima expresión, que transita en la tierra con el conocimiento de la *muerte de Dios* y con la esperanza del *superhombre*. La superación de uno mismo es un prerequisite insoslayable para poder superar el estado actual del hombre moderno, específicamente. Nietzsche lo que quiere es revalorar la vida, afirmarla, devolverle lo que se le quitó cuando se creó a Dios<sup>12</sup>: “¡sea vuestro amor a la vida amor a vuestra esperanza más alta: y

---

<sup>11</sup> Esta idea será repetitiva en todo el texto y gana fuerza en la medida en que el perfilamiento y construcción del individuo de futuro de Nietzsche avanza entre los discursos y se potencia por los conceptos centrales de su cosmovisión.

<sup>12</sup> Según Fink, los elementos con los que el hombre dotó a Dios los extrajo del mundo y con la muerte del idealismo, esos elementos retornan a la tierra. La siguiente cita ahonda más en esa idea: “el superhombre, que conoce la muerte de Dios, esto es, el fin del idealismo, perdido en el más allá, ve en éste tan solo un reflejo utópico de la tierra, devuelve a la tierra lo que de ella había prestado, (...) lo robado (...)” (2000, pág. 81).

sea vuestra esperanza más alta el pensamiento más alto de la vida!” (Z, 2011, pág. 100). En este sentido, el *superhombre* es el significado de la esperanza más alta. Nietzsche, con todas estas transformaciones, no quiere otra cosa que imponerle al individuo un desafío en el plano espiritual: lo enfrenta consigo mismo, con lo que el individuo ha permitido para sí. Las consecuencias de la *muerte de Dios* son profundas en el mundo del último hombre, pues Dios como idealización<sup>13</sup> de lo que es el ser humano desaparece del mapa, pues Nietzsche quiere reafirmar la vida en la tierra y bajar la esperanza del cielo. Por eso mismo reconoce el carácter creador del hombre en tanto creó, adoró y se sublevó a su creación. Ahora, con la mirada en sí, debe buscar perfeccionarse para poder dar paso al *superhombre*.

Llegados a este punto, se ven claramente las continuidades conceptuales que se guardan entre *superhombre*, *muerte de Dios* y *voluntad de poder*. No obstante, hace falta aún el *eterno retorno de lo idéntico* como pilar esencial de todo el proyecto nietzscheano. Se resalta que los mensajes no son impartidos de la misma manera. “Del superhombre habla Zarathustra a todos, de la muerte de Dios y de la voluntad de poder, a pocos, y del eterno retorno de lo mismo no habla, propiamente a más que a sí mismo” (Fink, 2000, pág. 98). Lo anterior, devela una jerarquía en los componentes de su mensaje, se podría comprender en una lógica de menor a mayor importancia. Sin embargo, propongo un sentido de menor a mayor complejidad, pues Zarathustra se limita a sí mismo a contar este pesado pensamiento, por la dificultad y la carga de este. ¿Cómo se manifiesta esta parte del mensaje? ¿Qué aporta al proyecto del *superhombre*? Nietzsche presenta de manera tentativa por primera vez el contenido del *eterno retorno de lo idéntico* de la siguiente manera: “Todas las cosas derechas mienten, murmuró con desprecio el enano. Toda verdad es curva, el tiempo mismo es un círculo” (Z, 2011, pág. 263). Entra en juego un elemento que no se había tocado antes, si bien *el superhombre* es un proyecto que explícitamente se proyecta al futuro como una esperanza, no se trató el tiempo en relación directa con el individuo. Así pues, el tiempo entra en escena, puesto que es criticada o replanteada la concepción de un tiempo lineal, entendido en una lógica secuencial de pasado-presente-futuro. El problema es que, desde esta visión progresista de la temporalidad y la historicidad, el pasado es algo sobre lo que no se puede actuar. El tiempo es envolvente de lo existente, es el fondo sobre el que se desarrolla todo. Empero, si la *voluntad de poder* es el fundamento de la vida, de la naturaleza, de la existencia, es decir, es el poder supremo, debería tener la capacidad de operar hacia atrás. Mejor aún, ¿hasta dónde puede ascender el hombre en ese proyecto de superación humana que propone Nietzsche? Tentativamente, la respuesta sería hasta el infinito. No obstante, la ascensión infinita es imposible dada la finitud de la vida misma. Se descubre entonces la necesidad del *eterno retorno de lo idéntico* como esa empresa de pensar el elemento del tiempo, pues de lo contrario se podría desvirtuar fácilmente el proyecto *superhombre* al ponerlo en relación con el tiempo.

---

<sup>13</sup> Como Fink lo apunta: “El hombre, ese ser que se trasciende a sí mismo, se ha trascendido hasta ahora siempre en dirección a Dios. Pero Dios significa para Nietzsche la síntesis de toda idealidad trascendente.” (2000, pág. 81). Este Dios es dicotómico, es tanto idealismo que modifica la realidad y fundamento aparente de la misma.

Nietzsche concibe el elemento tiempo como una pregunta fundamental en su proyecto. Devela que la eternidad pasada y futura sobre la que reside la vida finita no puede ser una línea del tiempo. Lo anterior es revelado mediante las palabras que le proclaman los animales a Zaratustra: “todas las cosas mismas bailan para quienes piensan como nosotros: vienen y se tienden la mano, y ríen, y huyen – y vuelven. Todo va y todo vuelve; eternamente rueda la rueda del ser. Todo muere, todo vuelve a florecer, eternamente” (Z, 2011, pág. 353). Es decir, en palabras de Fink: “si en la profundidad del pasado el tiempo es una eternidad trascurrída, el tiempo, en cuanto tal, no puede tener ya nada afuera de sí: todo lo que puede acontecer tiene que haber acontecido ya en él” (2000, pág. 104). De este modo, lo que se obtiene es que el último concepto nietzscheano, el *eterno retorno de lo idéntico*, se define como el conocimiento sobre la circularidad del tiempo, un tiempo infinitamente cíclico.

Por tanto, el perfeccionamiento del individuo en el proyecto del *superhombre* tiene una altura máxima que se puede alcanzar sin importar que esa altura no sea infinita, luego al repetirse en el tiempo se configura como un proyecto de alcances infinitos que se repiten en cada individuo. Adicionalmente, la *voluntad de poder* también reafirma su condición de poder supremo de la vida en tanto puede operar hacia el pasado, de forma inusual bajo los vestigios de la concepción lineal del tiempo. Colli sostiene que “la fuerza catártica de la doctrina del eterno retorno reside en la seguridad de que, en base a ella, cada gesto exaltado, cada sentimiento victorioso de Zaratustra está destinado a retornar eternamente” (1983, pág. 81). Es decir, el impulso de cada acción es su resultado en el futuro, en el pasado y en el presente. Que mayor motivación entonces para terminar de afirmar el *sí* que Nietzsche dispone para la vida. Dicho sea de paso, precisamente el *eterno retorno de lo idéntico* es visto por el hombre como una oportunidad de afirmar la vida a cada segundo. El carácter creador del *superhombre* se potencializa con esta concepción del tiempo. Lo que para individuos enfermos o espíritus débiles puede representar un pesimismo en sí, no lo es para los últimos hombres.

Vattimo sostiene que Nietzsche con el *eterno retorno de lo idéntico* lo que hace es tornar posible la felicidad y el mayor impulso del ahora en los individuos, puesto que “la condición de felicidad en que el hombre puede desear el retorno de lo igual es posible sólo si se suprimiera la estructura lineal del tiempo” (Vattimo, 1996, pág. 101). Esa motivación va en clave individual, por lo que termina de potencializar la *voluntad de poder* y el espíritu de los individuos en el ahora. Por tanto, la visión de la temporalidad nietzscheana se concibe no como algo negativo, sino como una oportunidad de reafirmar la vida, de asumir la existencia y su finitud con tal intensidad que se crea un gesto propio de embellecimiento y ratificación de la vida a cada instante. En otras palabras, el *sí* nietzscheano se refina gracias al *eterno retorno*, de ahí su importancia en tanto andamiaje ontológico y conceptual que guarda una coherencia secuencial que robustece la parte afirmativa pregonada por Zaratustra.

Así las cosas, (i) *superhombre*, (ii) *muerte de Dios*, (iii) *voluntad de poder* y (iv) *eterno retorno de lo idéntico* son un todo integrador del proyecto de renovación cultural a partir del individuo

propuesto por Nietzsche como apuesta crítica ante la modernidad y la cultura europea. No obstante, es necesario mostrar las articulaciones conceptuales que realiza Zaratustra, que en últimas es el locutor principal de este mensaje. Antes, es necesario aclarar que en Z se abordan temas como el Estado, la moral, la iglesia, la religión, la cultura, entre otros; de modo que, como no son el objetivo principal no se ahonda en ellos más que para ponerlos en función del tema principal. Sin embargo, se tratarán en la medida en que el carácter afirmativo de esta obra los cuestiona como metáfora directa de los sistemas culturales y políticos que abogan y tienden a privilegiar la pasividad humana. En terminología nietzscheana, privilegian la enfermedad y no la salud. Adicionalmente, es relevante tener en cuenta que las abundantes referencias, estilos, métodos y formas de las que echa mano Nietzsche representan en sí mismas una carga política, por ejemplo, cuando se juega con las palabras y denotaciones para atribuir características o significados peyorativos al objeto. Verbigracia, el perro de fuego para denotar a las instituciones. Lo anterior, reviste al mismo tiempo dificultad para captar la quintaesencia comunicativa.

Ahora, propongo interpretar la *voluntad de poder* como una gran energía desbordante: energía moral, energía cultural, energía crítica, energía altruista e irreductible. A partir de esta, la *muerte de Dios* es interiorizada como no dependencia a nada más que a sí mismo, el *superhombre* como la idea de lograr encontrar la máxima felicidad posible, y el *eterno retorno de lo idéntico* como deseo, motivación o amor al quehacer en la tierra en su temporalidad constitutiva. Con la anterior propuesta en mente, la empresa de Zaratustra se puede dividir en: primera instancia, reflexiones sobre el último hombre, lo que se espera que sea de cara al mensaje divulgado; y, en segunda instancia, reflexiones, advertencias y precisiones sobre contextos que pueden llegar a ser determinantes para el éxito o no del último hombre. Ocupados del primer tipo de reflexiones, discursos como: “de las alegrías y de las pasiones”, “de la guerra y el pueblo guerrero”, “del camino del creador”, y “de las tablas viejas y nuevas”<sup>14</sup>, apuntan toda su carga literaria y discursiva a ofrecer los recursos necesarios para que el último hombre pueda guiarse de manera exitosa en el camino al *superhombre*. El último hombre, solo a través del amor a sus virtudes y el deseo de crear por encima de sí, se acerca a ser el individuo que espera Nietzsche. Justamente, cuando Zaratustra dice “hermano mío, si eres afortunado tienes una sola virtud, y nada más que una: así atraviesas con mayor ligereza el puente” (pág. 82). Pero ¿qué es la virtud? ¿Cuáles son? Zaratustra define la virtud<sup>15</sup> como aquello irreductible e inexpresable del individuo, aquello que éste ama hacer, aquello que constituye su esencia, para tormento y para bienestar. Cabe aclarar que la virtud no es común, constituye una característica particular del individuo y su manera de operar con ella la hace aún

---

<sup>14</sup> Dado que el tema del perfilamiento y refinamiento del individuo es transversal a toda la obra de manera explícita e implícita, se han elegido los discursos más representativos y con mayor carga determinativa para el *último hombre*.

<sup>15</sup> “Harías mejor en decir: inexpresable y sin nombre es aquello que constituye el tormento y la dulzura de mi alma, y que es incluso el hambre de mis entrañas. Sea tu virtud demasiado alta para la familiaridad de los nombres: y si tienes que hablar de ella, no te avergüences de balbucear al hacerlo. Habla y balbucea así: este es mi bien, esto es lo que yo amo {...}” (Z, 2011, pág. 81). No se da una definición en estricto sentido, pero se puede derivar de los elementos, capacidades y actitudes del hombre que van de acuerdo con *la voluntad de poder*. “Cuando estáis por encima de la alabanza y de la censura, y vuestra voluntad quiere dar órdenes a todas las cosas, como voluntad que es de un amante: allí está el origen de vuestra virtud” (Z, 2011, pág. 143).

más peculiar. La superación de uno mismo es un prerequisite insoslayable para poder atravesar el continuo hacia el *superhombre*. “El que no puede mandarse a sí mismo debe obedecer” (Z, 2011, pág. 327). La concepción nietzscheana de individuo no es estática, pues al ser relacional parte de la diferencia y multiplicidad de versiones y matices que tiene la vida, acepta que la *voluntad de poder* configura una realidad donde el constante pliegue de fuerzas termina siempre por tender a dominar a lo débil, a lo precedero. Muestra de lo anterior es que “todo ser viviente es un ser obediente. Se le dan ordenes al que no sabe obedecerse a sí mismo” (Z, 2011, pág. 198). Por ende, si la relación del individuo con su contexto/entorno tiene un sentido dominante, es prospera o bien vista por Nietzsche, mientras que, si el sentido es dominado/subyugado, dista de ser ese último hombre con la esperanza puesta en la tierra.

Nietzsche destaca la vida como conflicto, bien se comprende que es así por el plexo de fuerzas que domina todo desde su base. Por ende, se debe amar la *guerra larga* (sinónimo de incomodidad/actividad) y despreciar la *paz larga* (entiéndase como comodidad/pausa/pasividad). “¡El amante quiere crear porque desprecia! ¡Qué sabe del amor el que no tuvo que despreciar precisamente aquello que amaba!” (Z, 2011, pág. 125). Los sentimientos efervescentes, fuertes, impactantes, las pulsiones más profundas son para Nietzsche sinónimos de vida y de energía. El último hombre debe entonces tener clara su esperanza y encontrarse activo, sintiente, deseoso y creador. El *yo quiero* y el *tú debes* unidos bajo un mismo mando individual reproducen de igual manera la intensificación individual que Nietzsche ve necesaria para superar la cultura decadente del momento, criticada en el otro tipo de reflexiones<sup>16</sup>. Sumado a lo anterior, por las virtudes no se debe esperar un pago, recompensa o algún tipo de aplauso. Zaratustra considera noble y señor a quien aman su virtud y actúa de acuerdo con ella, y no a quien la usa para otros fines. De ahí que el último hombre valore de manera distinta el presente y el futuro, pues desea el país de sus hijos<sup>17</sup> y no se deja atormentar por el país de sus padres, todo esto conlleva una fuerte influencia del *eterno retorno de lo idéntico*. En vista del proceso de perfilamiento individual que adelanta Nietzsche, es posible rastrear una transversalidad o preocupación constante por el *sí-mismo* de los individuos; de esa relación individual con su conciencia se despliega el talante del último hombre para vivir y dominar su entorno. De ahí que usualmente busque generar distinción en cuanto se puede entre los hombres, una especie de jerarquía, que se define a partir de quienes conciben la vida como *voluntad de poder* y quienes le dan la espalda a la vida; en una lógica de sanos y enfermos, de últimos hombres confrontados con los hombres. De tal manera que Zaratustra es “el abogado de la vida, el abogado del sufrimiento, el abogado del círculo” (Z, 2011, pág. 351). Esas diferencias que generan rango entre los hombres se ven determinadas por el éxito o no de los individuos en su relación con sus contextos. Por tal razón, el siguiente tipo de reflexiones de Zaratustra van guiadas a mapear esos posibles peligros o adversarios de su empresa.

---

<sup>16</sup> Esta crítica será desarrollada con más detalle en el segundo apartado de este artículo.

<sup>17</sup> “¡Ay, amigos míos! Que vuestro sí-mismo esté en la acción como la madre está en el hijo: ¡sea esa vuestra palabra acerca de la virtud!” (Z,2011, pág. 169).



De parte del otro tipo de reflexiones, las que versan sobre el contexto y sus diferentes implicaciones sobre el éxito o no del último hombre de camino a cumplir su esperanza, se encuentran algunos discursos enigmáticos como: “de los transmudanos”, “del nuevo ídolo”, “de las moscas del mercado” y “las tarántulas”. Los anteriores discursos tienen en común que son descripciones de elementos centrales de la vida moderna; por lo tanto, marcan una pauta directa en la postura nietzscheana para con su época y el proyecto criticado. El primero de estos discursos, “los transmudanos”, está guiado a la religión, a la iglesia y a cualquier tipo de fe que obstruya el desarrollo pleno del último hombre. “¡A dejar de esconder la cabeza en la arena de las cosas celestes, y a llevarla libremente, una cabeza terrena, la cual es la que crea el sentido de la tierra!” (Z, 2011, pág. 75). Se reflexiona claramente a modo de advertencia sobre el carácter profundamente idealista que confluye en este tipo de corrientes religiosas y sus diferentes manifestaciones; se congrega en aquello que le quita el sentido a la vida, por situarlo fuera de ella, la causa principal que motiva la *muerte de Dios*. Adicionalmente, es de destacar que la iglesia como institución estructurada y la religión, un tanto menos estructurada, sean comparadas por Nietzsche con el Estado en “de los grandes acontecimientos”. Antes bien, no se debe perder de vista el ejercicio preventivo que Zaratustra hace de este tipo de determinantes en el camino del último hombre. “Y otra de esas enfermedades se llama, por ejemplo “perro de fuego”: acerca de éste los hombres han dicho y han dejado que les diga muchas mentiras” (Z, 2001, pág. 224). Aquí se encuentra uno de los mayores errores en los que incurren los hombres y que genera envilecimiento, enfermedad y distorsión de la vida, pues con la esperanza de una vida en el más allá, derogan su paso en la tierra a un segundo plano. “¿Iglesia?, respondí yo, eso es una especie de Estado, y muy ciertamente, la especie más embustera de todas” (Z, 2011, pág. 226).

Sumado a lo anterior, es relevante notar el desdén de Zaratustra por las instituciones que acallan la *voluntad de poder* que existe en cada individuo. Precisamente, el Estado también entra en ese contexto del último hombre, entorno moderno que es refutado al ir en contravía del proyecto nietzscheano de renovación cultural. “Estado llamo yo al lugar donde bueno y malos son bebedores de venenos: Estado, al lugar en que todos, buenos y malos, se pierden a sí mismos: Estado, al lugar donde el lento suicidio de todos se llama vida” (Z, 2011, pág. 103). Por el momento, es importante resaltar que Nietzsche ve opacada la *voluntad de poder* en este tipo de instituciones, pues bajo las mentiras de libertad, vida trascendente, seguridad, entre otras, el individuo se corrompe y degenera su tránsito al *superhombre*. Por eso, Nietzsche denomina al Estado como el más frío de todos los monstruos fríos, escupe mentiras, entre ellas: “Yo, el Estado, soy el pueblo” (Z, 2011, pág. 101), lo que no quiere decir otra cosa que el Estado es la aniquilación de los pueblos, es decir, de su contenido particular. En consecuencia, se ilumina la importancia de las críticas que menciona Zaratustra a la religión y al Estado, dado que doblegan las voluntades humanas, silencian la *voluntad de poder*, niegan el sentido afirmativo de la vida y promueven la pasividad humana. El mercado, entendido como otra de las dinámicas que se dan paralelamente al Estado, también es criticado, pues comparte elementos que empobrecen el quehacer del último hombre. “Donde acaba la soledad, allí comienza el mercado; y donde comienza el mercado, allí comienza también el ruido de los grandes acontecimientos y el zumbido de las moscas venenosas” (Z, 2011, pág. 105).

Inclusive, las dinámicas de igualdad entre los hombres son criticadas por Nietzsche, pues él está en contra del carácter homogeneizador del concepto y sus efectos en la realidad. ““Venganza queremos ejercer, y burla de todos los que no son iguales a nosotros” – esto se juran a sí mismos los corazones de las tarántulas” (Z, 2011, pág. 176). Como ya se ha dicho, el contexto del último hombre, por muy metafórico que lo haya puesto Nietzsche, es estrictamente moderno, por lo cual la intención crítica a los referentes modernos hipostasiados como el Estado, el mercado y la iglesia, va en clave de precisiones y advertencias para que el último hombre consiga con éxito su desarrollo máximo.

El momento afirmativo que representa Z muestra de manera explícita la empresa propuesta por Nietzsche para con el hombre. El *superhombre* es la punta de lanza con la que Zarathustra le propone al hombre un proyecto del todo innovador y vitalista para con la vida en la tierra, pues el contexto moderno no ha hecho más que darle la espalda a la esencia de la vida a favor de la dominación celestial. La concepción de la *muerte de Dios*, *voluntad de poder* y el *eterno retorno de lo idéntico* trastornan el rol del individuo en la tierra, pues su existencia toma el sentido de la tierra, un sentido que se había permitido mantener oculto el mismo individuo. Se reitera que el choque de fuerzas directo que existe entre el proyecto de renovación cultural nietzscheano y la modernidad ilustrada junto con la cultura europea, refleja un inusitado potencial político en esta primera parte afirmativa. Pues, se evidencia que instituciones del orden estatal y religioso opacan y acallan la quintaescencia de la vida, la *voluntad de poder*, que está latente en cada individuo. Bajo las masas amorfas, las muchedumbres anónimas, las multitudes pasivas y sus diferentes manifestaciones, el hombre no solo altera sus capacidades (crear/valorar/entre otras), sino que corre grave peligro en términos de no poder realizar su esperanza más alta: el *superhombre*. “*Así habló Zarathustra* es un libro fuerte cuyo lenguaje y cuyo pensamiento poseen una potencia originaria, mientras Nietzsche filosofa, es decir, mientras desarrolla las ideas acerca del superhombre, la voluntad de poder, la muerte de Dios y el eterno retorno” (Fink, 2000, pág. 140). Esa potencia, además de originaria y artística, esta devenida en clave política por su nivel de crítica, aun en este momento afirmativo. Ahora bien, es necesario complementar este *sí* por el *no* nietzscheano que retumba en las obras posteriores con la sospecha propia de la genealogía, la dureza del martillo y la crítica enarbolada por Nietzsche como provocador.

### **3. El Estado como la consumación política de la moral de rebaño.**

MBM es el siguiente libro publicado por Nietzsche luego de la publicación de Z. Se inicia por los prejuicios morales de los filósofos y sus creencias dogmáticas frente a la verdad. La concepción de Zarathustra de un mundo donde las cosas dominan o son dominadas, un mundo agónico dirigido por la *voluntad de poder* marca ya la concepción nietzscheana de la moral; no se entiende como una verdad absoluta, por el contrario, solo es una creación para la dominación. Lo anterior se evidencia a continuación:

*Toda volición consiste ya en mandar y obedecer, sobre la base, como hemos dicho, de una estructura social de muchas “almas”: por ello un filósofo debería arrogarse el derecho de considerar la volición en sí desde el ángulo de la moral, como la doctrina de las relaciones de dominio en que surge el fenómeno vida. (MBM, 2007, pág. 43)*

Posteriormente, los prejuicios morales se configuran en un problema con la rebelión del rebaño<sup>18</sup>, de la plebe, de lo bajo en contra de lo noble, de lo alto, de la vida. Por el momento, se resalta la fuerza de los prejuicios como articuladores de conductas que sirven para dominar o ser dominado. Nietzsche ve un problema cuando el dominio se hace en función de paralizar y distorsionar la quintaescencia de la vida: la *voluntad de poder*. El último hombre, transformado en *espíritu libre*, debe “desconfiar, mirar maliciosamente desde todos los abismos de la sospecha” (MBM, 2007, pág. 63). En otras palabras, las creencias que lo rodean, tales como la moral, las certezas, la democracia y cualquier idea moderna que se haya hipostasiado serán objeto de duda. De lo contrario, se puede incurrir en ser “como esclavos elocuentes y plumíferos que son del gusto democrático y de sus “ideas modernas” (...) A lo que ellos querrían aspirar con todas sus fuerzas es a la universal y verde felicidad-prado del rebaño” (MBM, 2007, pág. 73). Lo anterior significa que se debe seguir teniendo el mismo cuidado que advertía Zaratustra a esos fragmentos de hombre, pero con la radicalidad propia del *no* nietzscheano al decir las cosas por su nombre. Sobra recalcar que el rebaño es sinónimo de no dominio del sí-mismo, de la plebe, de lo bajo. Dominar o ser dominado, dominarse o ser bajo, *voluntad de poder* o Dios, son las disyuntivas a las que enfrenta Nietzsche a los hombres. La moral se muestra como un condicionante o un catalizador de los deseos individuales puestos en un contexto grupal. Antes bien, hay un símil importante entre el *último hombre* y el *espíritu libre* al que evoca Nietzsche en esta obra. De ahí parten los lazos entre Z y MBM. Sin embargo, la moral y sus prejuicios marcan una distinción fuerte entre estos dos momentos: se deja a un lado la metáfora y se aterriza en un mundo moral, que será criticado y desmontado de cara a poder valorarlo de acuerdo con el proyecto nietzscheano de renovación individual.

En GM se ve de manera más explícita las intenciones y preocupaciones de Nietzsche sobre la moral; propiamente es tomada como un *valor*, una herramienta, un sentido devenido históricamente al servicio de un tipo de sociedad en específico. Ahora bien, ¿qué es genealogía? Deleuze define el método genealógico como:

[reflexión crítica del] *valor del origen y origen de los valores. Genealogía se opone tanto al carácter absoluto de los valores como a su carácter relativo o utilitario. Genealogía*

---

<sup>18</sup> Como ya se mencionó, para Nietzsche lo bajo, lo enfermo, lo esclavo, lo plebeyo, toda aquella condición del ser humano que no sea alta o tienda a la altura conforma lo que se entiende por *rebaño*. Lo sano, la vitalidad, el dominio de sí es lo que se configura como noble, lo alto, como lo propio del *señor*. El siguiente pasaje clarifica mejor como lo concibe Nietzsche: “Antes bien, fueron “los buenos” mismos, es decir, los nobles, los poderosos, los hombres de posición superior y elevados sentimientos, quienes se sintieron y se valoraron a sí mismos y a su obrar como buenos, o sea, como algo de primer rango, en contraposición a todo lo bajo, abyecto, vulgar y plebeyo” (GM, 2011, pág. 42).

*significa el elemento diferencial de los valores de los que se desprende su propio valor. Genealogía quiere decir pues origen o nacimiento, pero también diferencia o distancia en el origen. (Deleuze, 1998, pág. 9)*

Nietzsche, en este inicio de su parte destructiva, de su *no*, muestra la importancia de cuestionarse el origen y el valor de la moral. La compasión como valor y la moral en función a ese valor son los elementos diferenciales que han determinado la acción humana por mucho tiempo; han sido las motivaciones primarias. De ahí que “finalmente se deja oír una nueva exigencia. Enunciémosla: necesitamos una *crítica* de los valores morales, *hay que poner alguna vez en entredicho el valor mismo de esos valores*” (GM, 2011, pág. 33). Justamente, la genealogía le permite a Nietzsche oponerse y criticar esos valores absolutos que se creen universalmente válidos e incuestionables. “Se abre una perspectiva nueva e inmensa, se apodera de él, como un vértigo, una nueva posibilidad, surge toda una suerte de desconfianzas, de suspicacias, de miedos, vacila la fe en la moral, en toda moral” (GM, 2011, pág. 33). El mérito reside en ese instinto de sospecha y duda fuerte que termina por guiar todas y cada una de las preguntas que desmontan esos orígenes históricos que han dotado de carácter inmutable muchos aspectos de la realidad. La nueva perspectiva que le otorga la genealogía a Nietzsche se conjuga de manera favorable con su proyecto. En consecuencia, se entiende de sobremanera que la genealogía es un componente esencial del utillaje nietzscheano en esta parte destructiva de su empresa, como lo fue la metáfora y los aforismos en el Z.

Por su parte, Ricoeur sostiene que Nietzsche hace parte de la llamada *Escuela de la sospecha*, todo esto por su inusitada manera de interpretar y descifrar lo que posiblemente se esconde detrás de las cosas (1990, pág. 33). Teniendo en mente las preguntas que se hace la misma genealogía, Nietzsche la usa como medio para poder resolver sus preocupaciones sobre “bueno” y “malvado” y “bueno” y “malo” en sentido moral. Dado que Zarathustra afirma un proyecto de individuo, al aterrizarlo en el mundo real, se encuentra con un contexto inundado de prejuicios morales. Por ende, su primera empresa será hallar qué se esconde tras la moral. Directamente, sospecha que en sí misma la moral es un acuerdo de valores que sirven para dominar. Lo que conlleva a preguntarse quiénes los acordaron y con qué fin se acuerdan. De esta manera, inicia Nietzsche su proceso de sospecha y encuentra que “en todas partes, “noble”, “aristocrático” en el sentido estamental, es el concepto básico a partir del cual se desarrolló luego, por necesidad, “bueno” en el sentido de “ánimicamente noble”, de “aristocrático”, de “índole elevada”, anímicamente privilegiado”” (GM, 2011, pág. 44). Evidentemente, la cita anterior va en sintonía con las descripciones del último hombre que hacía Zarathustra. Sumado a esto, se da un proceso paralelo que configura el concepto de lo “malo”. En este “descubrimiento” se ve reflejada la dicotomía que marcó toda la propuesta de Zarathustra, es decir, lo que domina entendido como último hombre, noble y señor y, por otro lado, lo abyecto, lo que es dominado, lo que debe obedecer, lo bajo.

Nietzsche reconoce inmediatamente que detrás de los conceptos *bueno* y *malo* se esconde una manera de valorar la vida, cuya génesis está situada en lo aristocrático, en lo noble, en lo que es

señor y, por ello mismo, manda. No obstante, estos conceptos no son invariables, precisamente porque dependen de las valoraciones que les dan vida y sobre la cual repercuten. De modo que, ese hecho de valorar, crear y dominar estuvo en manos de una clase aristocrática, una especie de último hombre, de acuerdo con los precedentes del *sí* pregonados por Zaratustra. Sin embargo, Nietzsche observa que se realiza una afrenta contra lo más virtuoso de la vida a partir de una reconversión de la moral de los señores por parte de los esclavos. “Los judíos ese pueblo sacerdotal que no ha sabido tomar satisfacción de sus enemigos y dominadores más que con una radical transvaloración de los valores propios de estos, es decir, por un acto de la *más espiritual venganza*” (MBM, 2007, pág. 52). De este modo, lo *bueno* y *malo* cambian su valor, su significado y esto trae consigo una sublevación de los esclavos en clave moral. Se evidencia como una rebelión del rebaño contra los lobos. En el fondo, se puede ver como existe un pliegue de fuerzas del que salen instrumentos como la moral (del rebaño/de señores). Esta disputa entre las dos formas de valorar puede verse como un ejemplo de la *voluntad de poder*. No obstante, deja de percibirse así cuando los fines últimos de esas valoraciones son transmundanos y, por ello mismo, negadores de la vida. Adicionalmente, se da una suerte de resentimiento por parte de la moral del rebaño, que no solo no llamará malo a lo que antes era bueno, sino que lo tildará de malvado; nótese la carga valorativa de este nuevo concepto inundado de rencor. En consecuencia, los preceptos morales del rebaño, enarbolados principalmente como *moralidad cristiana*<sup>19</sup>, terminan por ser objeto de una fuerte crítica por parte de Nietzsche, quien metafóricamente ya se lo había propuesto en Z.

En MBM, el cristianismo es criticado cuando se aborda el tema religioso en el tercer capítulo del libro. Como sugiere Fink, “en el apartado titulado “El ser religioso” encontramos una crítica del cristianismo que toca ya todos los temas que en *El Anticristo* fulmina Nietzsche con una ardiente elocuencia llena de odio” (2000, pág. 148). Nietzsche describe rápidamente la evolución religiosa como una neurosis que se apoderó de Europa y se extendió por el mundo. Destaca que “donde quiera que ha aparecido hasta ahora en la tierra la neurosis religiosa, la encontramos ligada a tres peligrosas prescripciones dialécticas: soledad, ayuno y abstinencia sexual” (MBM, 2007, pág. 79). Estos comportamientos, comienzan a mostrar una decidida postura contraria a la *voluntad de poder*, puesto que están direccionados a negar la vida. El hombre cristiano no solo comienza a ser cruel con él mismo, sino que también lo es con la vida a través de su modo de vivir. “Existe una larga escalera de la crueldad religiosa que consta de numerosos peldaños, entre ellos tres importantes: cuando la gente sacrificaba a su dios seres humanos; (...) cuando la gente sacrificaba sus instintos más fuertes; (...) [y] sacrificar a Dios” (MBM, 2011, pág. 86).

La religión como tal es tomada por Nietzsche como un proceso, como un medio a través del cual el hombre en su momento le dio la espalda a la vida, pero que posteriormente le da llegada a la

---

<sup>19</sup> “El cristianismo es orientación del mundo antiguo, la peor inversión de todos los valores nobles de Grecia y Roma; es la rebelión de los esclavos orientales contra sus señores, es una neurosis religiosa, una enfermedad de la vida” (Fink, 2000, pág. 149). Aunado a lo anterior, es menester tener en cuenta que, desde la rebelión del rebaño, el cristianismo ha desempeñado un papel indispensable en el proyecto de la modernidad, en tanto la igualdad de los hombres ante Dios termina por transferirse a los fundamentos del Estado y la democracia moderna.

*muerte de Dios*. A saber, no todo en la religión es contrario a la vida. Nietzsche resalta que la religión, como medio de autodomínio, proporciona educación y enseñorea a la voluntad para que domine: “entre tanto la religión proporciona también a una parte de los dominados una guía y una ocasión de prepararse a dominar y a mandar alguna vez ellos, (...) la fuerza y el placer de la voluntad, la voluntad de autodomínio” (MBM, 2007, pág. 93). Sin embargo, Nietzsche critica la religión, en específico el cristianismo, puesto que reviste en sí una transvaloración que atenta contra la esencia del mundo (*voluntad de poder*) y aletarga el advenimiento del *superhombre*. “Al cristianismo se le llama religión de la compasión –La compasión es antitética de los efectos tonificantes, que elevan la energía del sentimiento vital: causa un efecto depresivo” (A, 2011, pág. 39).

De este modo, es visible que el cristianismo representa para Nietzsche una contrariedad para su proyecto de renovación cultural que se basa en la *voluntad de poder*. Ese cristianismo está situado tanto en el espacio como en el tiempo, es decir, en la Europa de la modernidad ilustrada:

*La moral es hoy en Europa moral de animal de rebaño: -por lo tanto, según entendemos nosotros las cosas, no es más que una especie de moral humana, al lado de la cual, delante de la cual son o deberían ser posibles otras muchas morales, sobre todo morales superiores. (...) el movimiento democrático constituye la herencia del movimiento cristiano.* (MBM, 2011, pág. 145).

La herencia del movimiento cristiano será retomada más adelante, pero por ahora se hace necesario ahondar en los elementos del cristianismo que catapultan una abierta contrariedad frente al proyecto nietzscheano de *superhombre* y sus elementos constituyentes. Precisamente, Nietzsche ve que “el cristianismo ha tomado partido por todo lo débil, bajo, malogrado, ha hecho un ideal de la contradicción de los instintos de conservación de la vida fuerte” (A, 2011, pág. 38). En la medida en que el cristianismo abandera los valores del rebaño, pretende hipostasiar todo su andamiaje ideológico sobre el hombre. Todos los hombres son iguales ante Dios es una de sus principales consignas y la más perjudicial según Nietzsche. “La “igualdad de las almas ante Dios”, esa falsedad, ese pretexto para los rencores de todos los que tienen sentimientos viles, ese explosivo de concepto, que ha acabado convirtiéndose en revolución, idea moderna (...) – es dinamita cristiana” (A, 2011, pág. 138). Efectivamente, esta noción de igualdad masifica y homogeniza un concepto moral de hombre que es diametralmente opuesto al *superhombre*, y que termina por permear el proyecto de la modernidad ilustrada que se apoya en el cientificismo biológico. Este ideal sobre el hombre configura una base importante de la concepción de lo que será la justicia en la modernidad.

En vista del planteamiento anterior, ¿cuál es la noción de justicia de Nietzsche? “Igualdad para los iguales, desigualdad para los desiguales –ése sería el verdadero discurso de la justicia: y, lo que de ahí se sigue, no igualar jamás a los desiguales” (CI, 2013, pág. 159). Según Safranski, “el problema de la conexión entre cultura y justicia social culmina en la tesis de que, en lo tocante a la cultura,

hay que decidir ante (...) el bienestar del mayor número posible, o (...) logro de la vida en casos particulares” (2000, pág. 48). Se observa que quien piensa en el mayor número está privilegiando una visión moral. Quien, por el contrario, privilegia los casos particulares, está a favor de una vida estética. Nietzsche está en el segundo grupo, cuando expone su idea de una *metafísica del artista*: el hombre concebido como autocreación. Eso que es privilegiado por Nietzsche se evidencia en ese perfilamiento del individuo superior, espíritu libre o último hombre, que genera rango en donde se encuentra, puesto que está más cerca de la altura del *superhombre*. A partir de la distinción propuesta por Safranski, quienes abogan por el bienestar del mayor número posible de personas favorecen una concepción de justicia ligada a la moral del rebaño. Por su parte, quienes se inclinan por una concepción de la afirmación de la vida en casos particulares, son más cercanos a los últimos hombres que precisa Zaratustra para su proyecto cultural del superhombre, en tanto crítica de la modernidad. “El Estado democrático, con su orientación al bienestar general, a la dignidad humana, la libertad, la justicia distributiva y la protección de los débiles, impide la posibilidad de desarrollo de grandes personalidades” (Safranski, 2000, pág. 48). Esa moral cristiana que se enorgullece por defender la enfermedad, por equiparar alto con bajo, termina por permear el Estado y la noción de justicia distributiva que se imparte a partir de éste. De modo que, para Nietzsche, su noción de justicia es una crítica a esa herencia del pensamiento político moderno que se encarna en el Estado y se reviste de cultura democrática, que no es más que el correlato político de la moral del rebaño.

Vattimo observa que las preocupaciones filosóficas de Nietzsche del último periodo están fuertemente entrelazadas con el curso de la civilización europea y su meditación sobre el ser (1996, pág. 48). Para Nietzsche, es en Europa donde se puede ubicar un centro de lo que él llama la *degeneración global del hombre*<sup>20</sup>, que esta tejida por creencias cristianas, socialistas y democráticas. ¿Qué tienen en común todos estos hilos que componen la degeneración del individuo? La respuesta es la pretensión de igualdad entre los hombres y la igualdad de derechos. “Hoy a la inversa, cuando en Europa es el animal de rebaño el único que recibe y que reparte honores, cuando la “igualdad de derechos” podría transformarse con demasiada facilidad en igualdad de injusticia: yo quiero decir (...) ser aristócrata” (MBM, 2007, pág. 168). Nietzsche invoca la responsabilidad del hombre superior, su esperanza del *superhombre* como el proyecto de renovación cultural necesario para no solo contrarrestar la enfermedad, sino para acabarla. Es relevante hacer énfasis en los vasos comunes que existen entre cristianismo, socialismo y democracia en función del individuo. La *debilidad* es precisamente el mayor hilo conductor que armoniza estas ideas, pues “cuanto más poderosa sea una vida influyente y creadora, tanto más introducirá la desigualdad de los hombres, tanto más implantará una jerarquía (...) Y, al contrario: cuanto más débil e impotente sea una vida, tanto más insistirá en la “igualdad”” (Fink, 2000, pág.

---

<sup>20</sup> Al respecto, el siguiente pasaje de MBM: “La *degeneración global del hombre*, hasta rebajarse a aquello que hoy les parece a los cretinos y majaderos socialistas su “hombre de futuro”, - ¡su ideal! – esa degeneración y empequeñecimiento del hombre en completo animal de rebaño (o, como ellos dicen hombre de la “sociedad libre”), esa animalización del hombre hasta convertirle en animal enano dotado de igualdad de derechos y exigencias son posibles, ¡no hay duda! Quien ha pensado alguna vez hasta el final esa posibilidad conoce una náusea más que los demás hombres, - ¡y tal vez también una nueva tarea! ...” (MBM, 2007, pág. 148).

92). Nietzsche está en contra de toda corriente religiosa o política que privilegie la debilidad, entendida como igualdad humana, en tanto, desde su concepción vitalista, el individuo no puede ser homogenizado o comparado, pues es irreductible debido a que sus virtudes no son comunes y el conocimiento de la *voluntad de poder* lo obliga a generar diferencias, distancias y rangos distintivos en los modos de vivir.

A partir de la alusión directa de eso que denomina Nietzsche como la *herencia cristiana*, es decir la democracia, se debe adicionar al respecto que se genera un proceso de homogenización de los individuos. “La democratización de Europa está abocada, por un lado, a engendrar un tipo preparado para la *esclavitud* (...) He querido decir: la democratización de Europa es a la vez un organismo involuntario de criar tiranos (...)” (MBM, 2007, pág. 208). Nietzsche concibe tanto en el cristianismo como en la democracia una especie de pasividad generalizada en los individuos, unos pensando en el más allá, en la nada, y otros dejándose llevar por la mezcla de hombres que se da bajo las ideas de igualdad. En Zaratustra ya se había perfilado una crítica similar en el pasaje de las “tarántulas” y su idea venenosa de la igualdad. El anterior proceso de pasividad se puede revestir de diferentes ropajes: “bien se denomine “civilización” o “humanización” o “progreso” a aquello que ahora se busca el rasgo que distingue a los europeos; o bien se lo denomine sencillamente, sin alabar o censurar, como una fórmula política, el movimiento democrático de Europa” (MBM, 2007, pág. 206). Por ende, esa búsqueda acérrima de la igualdad entre hombres, característica propia del proyecto de la modernidad ilustrada, bajo el rótulo de libertad, igualdad y fraternidad, genera las condiciones necesarias para el apaciguamiento de los individuos. Lo anterior trae como consecuencia lógica el aletargamiento de realización efectiva del *superhombre*, volviéndolo común, a partir del fuerte silenciamiento que se hace de la *voluntad de poder* presente en cada individuo. En consecuencia, la sociedad moderna termina por asfixiar a los individuos sea desde la religión, la justicia, la política o la cultura. Por eso mismo, es que el proyecto nietzscheano es antitético de la modernidad en los estrictos causes que critica el *no* de estas obras posteriores al Z. No obstante, es importante tener en mente la concepción que tiene Nietzsche sobre los derechos: “la desigualdad de derechos es la condición primera para que llegue a haber derechos. –Un derecho es un privilegio” (A, 2011, pág. 127). Todo esto de cara a las siguientes dos instituciones que también son objeto del martillo filosófico de Nietzsche: el Estado y la Iglesia.

En CI, el *no* nietzscheano echa mano del martillo<sup>21</sup> para poner a prueba aquello que se alza como ídolo, como verdad, pero que, según palabras de Nietzsche, lo único que esconde es un hueco, entrañas llenas de aire. Entre esos ídolos que son cuestionados es preciso mencionar ese “nuevo ídolo” del que hizo alusión Zaratustra. El Estado entra en ese grupo de ídolos, pues se trata de uno propiamente moderno que se reviste como el nuevo Dios de la humanidad. “La cultura y el Estado

---

<sup>21</sup> ¿Qué es el martillo? “Ir haciendo preguntas a base de golpearlos con el martillo, y oír tal vez, como respuesta, a ese conocido sonido a hueco que revela unas entrañas llenas de aire, representa una delicia para quien tiene otros oídos detrás de los oídos, para este viejo psicólogo y cazador de ratas que soy, ante quien tiene que dejar oír su sonido cabalmente aquello a lo que le gustaría permanecer en silencio...” (CI, 2013, pág. 40). El Martillo diapasón metafóricamente representa el cuestionamiento incesante, repetitivo, inquisidor.



–no nos engañemos sobre esto- son antagonistas: el “Estado de cultura” no pasa de ser una idea moderna” (CI, 2013, pág. 103). Lo que quiere decir que la cultura, al igual que el pueblo en Zaratustra, son contrarios al Estado<sup>22</sup>. Lo anterior se debe principalmente a la situación a la que se ve expuesta el individuo al interior del Estado: se masifica la ignorancia, la inutilidad y lo bajo.

Es importante poner de relieve el origen de esta institución. Nietzsche vincula el origen del Estado con la mala conciencia. Ese proceso de odio del hombre contra el mismo<sup>23</sup> termina por escalar en una entidad abstracta que se adjudica las funciones de justicia y juicio sobre lo bueno y lo malo en el quehacer del hombre. “Que el “Estado” más antiguo apareció, en consecuencia, como una horrible tiranía como una máquina trituradora y desconsiderada (...) hecha de pueblo y de semianimal (...) acabó (...) bien amasada y maleable, sino por tener también una forma” (GM, 2011, pág. 124). Sobre todo, ese carácter triturador de diferencias, de voluntades, de libertades es lo que infringe la mayor oposición al proyecto de individuo nietzscheano. “*Crítica a la modernidad*. –Nuestras instituciones no valen ya nada: sobre esto existe unanimidad. Pero esto no depende de ellas sino de nosotros” (CI, 2013, pág. 146). En este punto, es llamativo que Nietzsche no solo es crítico con el Estado y las instituciones que crea el hombre. También, lo es con el mismo individuo moderno, pues en últimas es quien crea al Estado y lo dota de sus respectivas competencias sobre los hombres. Algo similar sucede con la religión. Como se expuso, Nietzsche reconoce el carácter útil que puede llegar a tener la religión como institución, es decir, como *Iglesia*. No obstante, cuando este tipo de instituciones dejan de ser un medio para la realización de la esperanza del último hombre, y se convierten en un fin en sí mismas, se vuelven reprochables e indeseables; se reitera que quien permite eso es el individuo moderno, dado que después de todo es quien las dota de “vida”.

Ahora bien, Nietzsche ve una permanente conexión entre la moral del rebaño y el Estado, tanto así que se puede decir que el Estado no puede ser concebido sin una moral articuladora tras de sí. La moral de rebaño se hizo para sí, desde la formación del Estado, un conjunto de valores que transversalizó en los fines de este último. “Nosotros los que consideramos el movimiento democrático no meramente como una forma de decadencia de la organización política, sino como una forma de decadencia, esto es, de empequeñecimiento, del hombre, como su mediocrización y como su rebajamiento de valor” (MBM, 2007, pág. 146). Por tanto, Nietzsche desecha esas ideas modernas que creen al Estado como el epítome de la modernidad, pues aun cuando el Estado se seculariza, ya tiene en su interior el germen de la moral del rebaño, por lo cual, su accionar es indudablemente moralizante y defensor de la debilidad. Autores como Kant y Weber se equivocan al no querer ver la herencia que la moral del rebaño, el cristianismo, ha depositado en lo más profundo de las lógicas del Estado, pues lo entienden como resultado del desarrollo de la

---

<sup>22</sup> Cuando se trató la noción de justicia nietzscheana, se mostró que el Estado actúa bajo lógicas moralizantes que niegan la diferencia y opacan la vida, la cultura, el pueblo. Cultura y pueblo desde Nietzsche son vistos como algo irreductible, incomparable, autentico.

<sup>23</sup> Esta idea se desarrolla con más atención, desde una perspectiva genealógica, en el segundo tratado de *La Genealogía de la moral* titulado ““Culpa”, “mala conciencia” y similares”.

racionalidad humana. Por ende, el proyecto de la modernidad ilustrada y su cultura europea son decadentes según Nietzsche, porque sin importar en que manifestación se presenten, o que ideales pretendan defender, la decadencia moral ha hecho metástasis en su interior: es cáncer cristiano disfrazado de modernidad democrática secularizada.

El *no* nietzscheano contiene también una potencia política considerable de cara a ese primer momento afirmativo. Es evidente que la moral y los valores son transversales a todo el desarrollo de su crítica al proyecto ilustrado de la modernidad y a la cultura europea como epicentro del proyecto. Justamente, la potencia política se refleja tanto en la crítica como en el proyecto *superhombre*, puesto que la capacidad transvalorizadora que exalta Nietzsche en los individuos busca poner en sintonía la vida misma con el hombre. El cristianismo, visto como rebelión del rebaño y moral de esclavos, es muestra de los alcances políticos que tiene el hombre en su capacidad de valorar, crear y transvalorar. En A se precisa la fuerza que tiene esta aptitud de valorar y crear valor, aun cuando es en contra del sentido de la vida. Por ende, se hace importante para Nietzsche sostener el transvalorar en función de la *voluntad de poder*, gesto que debe ser aún más fuerte para devolverle el sentido a la tierra:

*Pues es necesario comprender esto: toda costumbre natural, toda institución natural (Estado, organización de justicia, matrimonio, asistencia a los enfermos y pobres), toda exigencia inspirada por el instinto de la vida, en resumen, todo lo que tienen en sí su valor es convertido por el parasitismo del sacerdote (o del “orden moral del mundo”<sup>24</sup>) en algo carente de principio de valor, contrario al valor: se requiere posteriormente una sanción, - se necesita un poder otorgador de valor, el cual niega en ello la naturaleza, el cual crea con ello cabalmente el valor” (A, 2011, pág. 70).*

La moral en sí misma ostenta un ingente potencial político en el devenir humano. Sin embargo, como el cristianismo lo ha mostrado, es posible transvalorar los sentidos y los valores de los prejuicios que guían a los seres humanos a partir del elemento Dios como principio rector. Por tal razón, el proyecto nietzscheano de renovación cultural es radical en tanto devela los fundamentos que articulan una realidad específicamente moderna y propone una hoja de ruta a partir del rol de individuo, dirigido por una esperanza y un conocimiento profundo de la vida (a partir de la *voluntad de poder*) y el tiempo (a partir del *eterno retorno de lo idéntico*). En consecuencia, el *no* nietzscheano que resuena destructivamente desde MBM hasta CI formaliza y robustece el mensaje de Z. Esta negación rotunda a aceptar las diferentes máscaras con las que se encubre la moral del rebaño termina por legitimar la parte afirmativa del proyecto nietzscheano, a partir del desenmascaramiento genealógico de la más cruda realidad del proyecto de rebaño ilustrado de la moralidad moderna, bien llámese Estado democrático o religión y cristiana.

---

<sup>24</sup> “¿Qué significa “orden moral del mundo”? Que existe, de una vez por todas, una voluntad de Dios acerca de lo que el hombre ha de hacer y ha de dejar de hacer; que el valor de un pueblo o de un individuo se mide por su mayor o menor obediencia a la voluntad de Dios; que en los destinos de un pueblo, de un individuo, la voluntad de Dios demuestra ser *dominante*, es decir, castigadora y premiadora, según el grado de obediencia” (A, 2011, pág. 68).

#### 4. Metafísica del artista, aristocratismo y perspectivismo en clave política

*Fórmula de mi felicidad: un sí, un no,  
una línea recta, una meta.*  
(CI, 2013, pág. 51)

El proyecto nietzscheano de individuo revestido por la esperanza del *superhombre*, junto con el conocimiento de la quintaesencia del mundo y del tiempo (*voluntad de poder y eterno retorno de lo idéntico*) –gracias al cual su mundo se ve trastornado profundamente (*muerte de Dios*)–, se asienta en una realidad moralizante que debe ser objeto de la más fuerte transvaloración que haya hecho el hombre. El momento destructivo, negativo o sencillamente el *no* nietzscheano, es aquella necesidad imperiosa de despejar el cauce por el cual va a pasar su proyecto de individuo. Se interpusieron en el álveo natural de la vida: la moral, la religión, el cristianismo, la iglesia, el Estado, la cultura y, en general, una amalgama de obstáculos recogidos y creados por la modernidad ilustrada eurocéntrica y europeizante. La rebelión del rebaño, la transvaloración del cristianismo, la no-vida contra la vida, instauraron unas tablas de valores, de conceptos, de ideas modernas sobre el hombre, logrando oprimir casi cualquier destello de vida en él. En eso consistió, en resumidas cuentas, para Nietzsche, la modernidad ilustrada. Por tanto, para reivindicar la vida fue necesario la genealogía y el martillo diapasón en las manos de Nietzsche, pues detrás de él llega Zaratustra y sus iguales. “De esta manera resulta posible, según él piensa, un cauce para la proyección de valores, un nuevo despegue de la vida” (Fink, 2000, pág. 143). Los valores rigentes de la vida, el mensaje de Zaratustra específicamente, solo pueden eruirse como la vida lo quiere por medio de la ruptura de las tablas viejas; esa ruptura debe ser vista en código transvalorativo. Es decir, el único que puede hacer posible el proyecto nietzscheano es el individuo, pues la capacidad de valorar y transvalorar, esa capacidad política de cambiar las cosas solo la posee el más listo de todos los animales. Por eso, aquí toma lugar la propuesta de la *metafísica del artista* que propone Nietzsche.

Esta *metafísica del artista* es la construcción del mejor sí mismo de cada individuo, como una obra de arte autogestionada. “Esta secreta autovioltación, esta crueldad de *artista*, este placer de darse forma a sí mismo como a una materia dura, resistente y paciente, de marcar a fuego en ella una voluntad (...) ha acabado por producir también (...) la belleza” (GM, 2011, pág. 126). Darle forma al *sí mismo* personal es la mayor tarea del artista, es su meta, es su voluntad más elevada. Aquí hay que recordar todos los discursos de Zaratustra que impelían al hombre a superarse a *sí mismo*, bajo el conocimiento de la *voluntad de poder* y la esperanza del *superhombre* como esa *idea* embriagadora de lo que se puede llegar a ser. No obstante, “desprendámonos aquí de un prejuicio; idealizar no consiste, como se cree comúnmente, en un sustraer o restar lo pequeño, lo accesorio. Un enorme *extraer* los rasgos capitales es, antes bien, lo decisivo, de modo que los demás desaparezcan ante ellos” (CI, 2013, pág. 116). Nietzsche propone aprovechar toda la materia prima

que se encuentra en el ser humano, un enorme *extraer*, pues múltiples y variados son los insumos que se necesitan para el *superhombre*, por suerte todos se encuentran dentro del ser humano. Sin embargo, es necesario un buen cincel (*voluntad de poder*) y un sólido martillo (*muerte de Dios*) para sacar a la luz todos y cada uno de los rasgos de ese *ultrahombre* que es una obra de arte andante.

El rol del individuo es constantemente objeto de redimensión en las obras nietzscheanas. En sus diferentes denominaciones: último hombre, señor, noble, *espíritu libre*, filósofo, aristócrata o artista; el individuo siempre es impelido a superarse a sí mismo. Pero, “¿qué es aristocrático?” (MBM, 2007, pág. 262). Indudablemente, lo primero es decir que ese individuo es *ateo* como Zaratustra; en otras palabras, conoce que *Dios ha muerto*, es un asesino de dioses, porque él mismo es un dios con la mirada en la tierra, que es a su vez su cielo. Este individuo goza de una moral de señores, es actividad pura, creación incesante, energía vital desbordante que genera diferencias con su entorno, amante de la incomodidad, deseoso de dominarse y superarse a sí mismo. Sin embargo, hay algo aún más importante, la *fe* o certeza básica que “un alma aristocrática tiene acerca de sí misma, algo que no se puede buscar ni encontrar, ni acaso tampoco perder. *El alma aristocrática se respeta a sí misma*” (MBM, 2007, pág. 263). Por lo tanto, el aristocratismo nietzscheano rescata y diferencia a los individuos por el sentido de apropiación de su condición, es decir, el hombre se debe reconocer a sí mismo como señor, como elevado, como una existencia única e irrepetible que está cargada de responsabilidades para con su estado particular. “Signos de aristocracia: no pensar nunca en rebajar nuestros deberes a deberes de todo el mundo; no querer ceder, no querer compartir la responsabilidad propia; contar entre los deberes propios los privilegios propios y el ejercicio de esos privilegios” (MBM, 2007, pág. 257). Compréndase por privilegio el conocimiento más profundo de la vida: (i) *superhombre*, (ii) *muerte de Dios*, (iii) *voluntad de poder* y (iv) *eterno retorno de lo idéntico*.

Se puede llegar a pensar el aristocratismo en términos pre-modernos. Tal lectura es sugerida por algunos, como Emilio Esteban, quien sostiene que el aristocratismo nietzscheano apela a la esclavitud como base de la sociedad futura. “En cualquier caso entiéndase de una forma u otra esta idea de esclavitud, al menos significa una cosa: que la explotación económica y la desigualdad social es un elemento estructural de la sociedad aristocrática que define Nietzsche” (Esteban Enguita, 2001, pág. 201). No obstante, esta postura que pretende revivir ideas pasadas y ponerlas al servicio del progreso nietzscheano es incompatible por dos razones: en primer lugar, el *superhombre* es una esperanza futura en tanto los pilares que lo sustentan nunca se dieron a conocer previamente, especialmente el *eterno retorno*, lo que desecharía de entrada la idea de un retorno nostálgico a la esclavitud. En segundo lugar, la potencia política de la genealogía nietzscheana ofrece un tratamiento crítico de la historia, que escapa a explicaciones progresistas o teleológicas del curso natural de los hechos. En ese sentido, el retorno al pasado no es peyorativo, en el sentido moderno del término, sino que sirve como condición de posibilidad de reafirmación vital. El *superhombre* hace suya la temporalidad a partir del reconocimiento y aceptación del *eterno retorno*. Esta disputa por el sentido del devenir histórico es un claro gesto político, pues rompe con

el discurso por antonomasia de la modernidad: la idea de *progreso*. Por ende, “progreso en el sentido en que yo lo entiendo –También yo hablo de una “vuelta a la naturaleza”, aunque propiamente no es un volver, sino un *ascender*- un ascender a la naturaleza y a la naturalidad elevada” (CI, 2013, pág. 158). Aquí Nietzsche resignifica los conceptos claves de la modernidad y les confiere un nuevo significado. Esa *naturalidad elevada* y *progreso* deben ser entendidos como deseo y necesidad de individuos mejores, más virtuosos, artistas y aristócratas propiamente. En palabras de Zaratustra, últimos hombres.

En este punto, generar jerarquía, diferencia, distancia, rango entre los hombres, lo que Nietzsche denomina el *pathos de la distancia*<sup>25</sup>, es la base de la aristocracia, de la escalera al *superhombre*, el deber de esos últimos hombres. Con el mejor *sí mismo* posible, tanto en la mente como en la realidad, cada individuo configura un cambio profundo en su entorno. Se entiende a sí mismo como una obra de arte andante que a su vez aporta desde su individualidad irreductible a una macro obra de tamaño universal. Sin embargo, se debe tener cuidado con posturas que basadas en esta jerarquía, distancia y rango entre los hombres, proponen un orden al estilo de una “pirámide social”, por ejemplo, como lo que sugiere Esteban en su lectura del aristocratismo nietzscheano: “En términos sociales, este orden jerárquico significa una férrea división de la sociedad en “estamentos” (...) cuya única relación es la subordinación de los inferiores, que forman la base extensa de la pirámide social, al tipo superior colocado en su cúspide” (2001, pág. 200). Esta lógica de superación pretende un objetivismo progresista unificador, es decir, que une bajo una misma mirada o escalera el proceso de ascensión del último hombre. Nietzsche con el *pathos de la distancia* lo que busca es reivindicar las diferencias entre los individuos, eliminar el lugar común que genera comodidad, pues de ahí se deriva un bienestar que es inoficioso para el *superhombre*. No obstante, se debe evitar lecturas reaccionarias o ultraconservadoras que pretenden posicionar Nietzsche como defensor de una otrora sociedad aristocrática pre-moderna, puesto que la única importancia que reviste ese pasado es la historia de cómo la vida fue vencida por la *no-vida*. En consecuencia, para reafirmar de nuevo la vida, el autor hace un juicioso estudio genealógico con el que lapida las concepciones morales que dominaban el mundo del individuo moderno y lo lleva a un plano supra-moral, lo que consolida una propuesta de futuro innovadora y vitalista: el *superhombre*. Nietzsche no ve en la pre-modernidad más que el caldo de cultivo del fracaso actual de las sociedades modernas; por lo tanto, resulta inoperante situar al pensador en dichas corrientes ideológicas.

Nada más errado lo anterior, en tanto Nietzsche se opone a esos conceptos y miradas únicas, absolutas, “objetivas” y “verdaderas”. Para ello, Nietzsche proyecta un *perspectivismo* activo que permita visualizar desde diferentes puntos de vista el panorama, a partir del reconocimiento de los matices:

---

<sup>25</sup> “El *pathos* de la nobleza y de la distancia, como hemos dicho, el duradero y dominante sentimiento global y radical de una especie superior dominadora en su relación con una especie inferior, con un abajo –éste es el origen de la antítesis “bueno” y “malo”” (GM, 2011, pág. 42). Esta visión repetitiva en Nietzsche entre lo que domina y no domina, debe ser vista en múltiples niveles y facetas, pues es tanto dominio de sí, como de la naturaleza, del entorno.

*Aquí se nos pide siempre pensar un ojo que de ninguna manera puede ser pensado, un ojo carente en absoluto de toda orientación, en el cual debieran estar entorpecidas y ausentes las fuerzas activas e interactivas, que son, sin embargo, las que hacen que ver sea ver-algo, aquí se nos pide siempre, por tanto, un contra sentido y un no-concepto de ojo. Existe únicamente un ver perspectivista (...) cuanto mayor sea el número de ojos que sepamos emplear para ver una cosa (...) tanto más completo será nuestro “concepto” de ella, tanto más completa será nuestra objetividad. (GM, 2011, pág. 175)*

De este modo, se entiende que el perspectivismo propuesto es una herramienta para comprender mejor el mundo y contrarrestar los fuertes dogmatismos que se crean bajo las ideas de objetividad o verdad absoluta. Este mismo perspectivismo abre la posibilidad de tener un panorama mucho más amplio de cómo podría ser esa jerarquía social que generan los nuevos aristócratas o últimos hombres a los que se refiere Nietzsche. Vanessa Lemm ve en el orden de rango una medición de lo alto y lo bajo, de poderes más fuertes que otros que están en constante lucha, en lo que se entienden como un dinamismo de superación constante. En sus palabras, “en lugar de ser una jerarquía social, un orden de rango es un ordenamiento de la *voluntad de poder*” (Lemm, 2010, pág. 20). Por tanto, ese perspectivismo termina por ampliar el campo visual del aristocratismo, al verlo como una pluralidad agonal devenida artísticamente donde el rol del individuo no solo es más activo y afirmativo de la vida, sino que también ejerce una fuerte transvaloración con un peso político importante. Sumado a esto, el perspectivismo es otra crítica nietzscheana al proyecto de la modernidad ilustrada, pues refuta las miradas absolutistas, sistemáticas y progresistas al rescatar la relevancia de los matices. Todo esto se une al complejo crítico que es propuesto entre la parte afirmativa y la destructiva de su filosofía vitalista.

Así las cosas, el proyecto de individuo nietzscheano tiene un rol renovador en términos de la construcción afirmativa de la vida. El viraje del pensamiento filosófico nietzscheano luego de la publicación de *Z* configura una propuesta de renovación cultural atomizada en el papel de cada humano en la tierra y la necesidad de su realización individual para el éxito de un todo social que supere las deficiencias propias de lo moderno. Precisamente, el proyecto de la modernidad ilustrada y la cultura hegemónica europea son un gran óbice para el devenir humano según Nietzsche. El fuerte llamado al individuo debe ser entendido desde la *metafísica del artista* y desde un nuevo *aristocratismo* que modifican la cultura y la sociedad desde cada átomo que conforman las masas inertes, que por siglos la modernidad ha trillado y amasado; sus consecuencias son políticas, igual que la potencia de su crítica. Como bien lo apunta Pozas: “no se trata de una reivindicación de una raza superior, o un producto genético de alta calidad, como pretendieron entenderlo aberradamente los nacionalsocialistas” (2013, pág. 8). Por el contrario, se trata de ampliar los horizontes de la vida humana en la tierra, liberándose de todos aquellos determinantes que puedan adormecer la esencia de la vida e impedir que el individuo llegue a ser la mejor obra de arte posible. Por consiguiente, la construcción del individuo como artista y aristócrata debe ser comprendida bajo una concepción perspectivista que hace posible ver a través de los dogmas que la modernidad ilustrada ha

hipostasiado, y a su vez, permite comprender la meta y la línea recta de Nietzsche; meta compuesta de múltiples realizaciones individuales y línea recta compuesta de una pluralidad de puntos que conforman su interior. El *no* y el *sí*, aunados entre sí, componen una fuerte potencia política crítica y genealógica que es adversaria de los mitos fundacionales de la modernidad y contestaría frente a sus promesas ilustradas.

## 5. Consideraciones finales

El pensamiento filosófico de Nietzsche desde la publicación de *Z* se configura como una novedosa propuesta crítica del proyecto de la modernidad ilustrada y la cultura hegemónica europea, a partir de la reevaluación del rol del individuo en este periodo específico de la historia. Para ello, Nietzsche empleó un complejo utillaje artístico conformado por la escritura, la genealogía y el martillo diapasón. Tanto en la parte propositiva como en la parte destructiva de su pensamiento filosófico, se ve una gran potencia política, no solo por los temas que son criticados, sino porque su propuesta de individuo contiene una apuesta de cambio humano profundamente radical.

En primer lugar, se tiene que el *momento afirmativo* de su propuesta de renovación cultural radical contiene un mensaje ontológico del todo innovador y original, que pugna de frente con un devenir histórico completamente diferente. La esperanza del *superhombre* junto con los pilares ontológicos sobre el motor de la vida (*voluntad de poder*), sobre el pasado (*muerte de Dios*) y sobre la temporalidad (*eterno retorno de lo idéntico*) son el andamiaje conceptual en el que se basa Nietzsche para trastornar la realidad del hombre moderno. No solo deja clara su apuesta por el individuo desde el principio, sino que desecha todo aquello que pueda interferir en su desarrollo pleno. Justamente, es en la tarea de desechar, donde el *no* o esa parte radical de su filosofía entra en disputa directa con los pilares de la modernidad, especialmente con la moral. De lo anterior, se desprende un complejo proceso de modelación de la realidad que comprende un diseño específico de creencias e instituciones que salvaguardan el orden social, religioso, cultural y político. El Estado, las corrientes políticas y religiosas se ven fuertemente influenciadas por los prejuicios y valoraciones morales del rebaño, lo que termina por traducirse en una rápida degeneración de la vida misma. Quedan de esta manera refutadas todas esas corrientes ideológicas que sitúan al Estado escindido de la religión y que lo conciben como el *summum* por antonomasia de la realización instrumental de la razón humana en la modernidad.

En consecuencia, ese *momento destructivo* iniciado desde MBM, pasando por GM y A, hasta CI, es una tarea filosófica y política que se basa en el rol del individuo, devenido artísticamente, para consigo mismo y con la vida. A partir de este momento, se desvirtúan los fundamentos ideológicos y conceptuales que sustentan el mito de la modernidad ilustrada y que no han hecho otra cosa que envilecer el desarrollo pleno del ser humano. Por tal razón, la moral debe ser concebida de una forma totalmente nueva, no es un valor dado inmutable sobre el cual no se puede operar. Todo lo contrario, Nietzsche demuestra que el valor y el origen del mundo moral sirven a unos propósitos

específicos que terminan por permear casi todas las esferas de la vida: religión, cultura, política y, en últimas, el pensamiento. Es así, como se propone un tránsito a un mundo extra-moral, donde el hombre domeña todos los aspectos de la vida, incluida la moral, a su conveniencia. Sin embargo, antes de ello fue necesario destruir todas las valoraciones que se hipostasiaron en la historia humana. En últimas, la modernidad es minada, parte por parte, después de la destrucción de su pieza angular: la moral. La crítica genealógica de los prejuicios morales es así la antesala de lo que vendrá después a nivel destructivo: la crítica a la religión cristiana y, posteriormente, el cuestionamiento radical del Estado moderno.

Por último, gracias a la articulación filosófica que Nietzsche realiza entre su *momento afirmativo* y su *momento destructivo*, llegamos a una nueva propuesta: un *momento creativo*. Lo anterior puede verse reflejado en las ideas de la *metafísica del artista* y el *aristocratismo*, junto con todos los mensajes que impelen al individuo a domeñarse, que consisten en elementos armonizados a la demanda de una nueva *transvaloración* de los valores políticos por parte del último hombre con miras a la transformación radical del mundo moderno. Por ende, la crítica a la moralidad cristiana se configura como la punta de lanza de toda esta parte negadora al proyecto ilustrado. El cristianismo mostró los alcances de las capacidades transvaloradoras del hombre frente a su mundo. Sin embargo, los medios se convirtieron en fines, por lo que se termina por distorsionar el sentido afirmativo de la vida. Por lo tanto, Nietzsche a través de su potencia política, tal como se ha expuesto, hace un fuerte llamado que se puede resumir de la siguiente manera: *el hombre moderno es algo que debe ser superado para la realización plena de la humanidad en la tierra*. Solo el carácter fuerte y el conocimiento del *sí* y el *no* nietzscheano pueden ser de ayuda para repensar de manera radical los significados políticos hipostasiados de nuestro tiempo presente y proponer artísticamente otros que sean más fieles a la vida como principio ontológico.

### **Fuentes primarias:**

**Z:** Nietzsche, F. (2011). *Así habló Zaratustra*. Madrid: Alianza Editorial, S.A.

**GM:** Nietzsche, F. (2011). *La genealogía de la moral*. Madrid: Alianza Editorial, S.A.

**MBM:** Nietzsche, F. (2007). *Más allá del bien y del mal*. Madrid: Alianza Editorial, S.A.

**A:** Nietzsche, F. (2011). *El Anticristo*. Madrid: Alianza Editorial S.A.

**CI:** Nietzsche, F. (2013). *Crepúsculo de los ídolos*. Madrid: Alianza Editorial S.A.

### **Fuentes secundarias:**

Colli, G. (1983). *Introducción a Nietzsche*. México: Folios Ediciones S.A.



- Deleuze, G. (1998). *Nietzsche y la filosofía*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Enguita, J. E. E. (2001). El aristocratismo político de Nietzsche. *Cuaderno gris*, (5), 183-201.
- Fink, E. (2000). *La filosofía de Nietzsche*. Madrid: Alianza Editorial S.A.
- Foucault, M. (1969). *Nietzsche, Freud, Marx*. Buenos Aires: ECO, 9-62.
- Lemm, V. (2010). Más allá de una política de la dominación: la cultura aristocrática en Nietzsche. *Alpha (Osorno)* (31), 9-24.
- Pozas, M. A. (2013). Nietzsche y la crítica del Estado Moderno. *SSRN*. Recuperado de: <https://ssrn.com/abstract=2223348>
- Ricoeur, P. (1990). *Freud: una interpretación de la cultura*. México: Siglo XXI Editores.
- Safranski, R. (2000). *Nietzsche. Biografía de su pensamiento*. Barcelona: Titivillus.
- Vattimo, G. (1996). *Introducción a Nietzsche*. Barcelona: Ediciones Península.